LOS INICIOS DE LA IGLESIA

Un Devocional de 31 Días



DAVID GUZIK

El comentario bíblico de David Guzik es presentado por Enduring Word.

www.enduringword.com - ewm@enduringword.com

Ninguna parte esta publicación se podrá utilizar, reproducir ni transmitir en forma alguna y por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluidas la fotocopia, la grabación o la utilización de cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso previo del titular de los derechos de autor, salvo lo dispuesto por la ley de derechos de autor de los Estados Unidos.

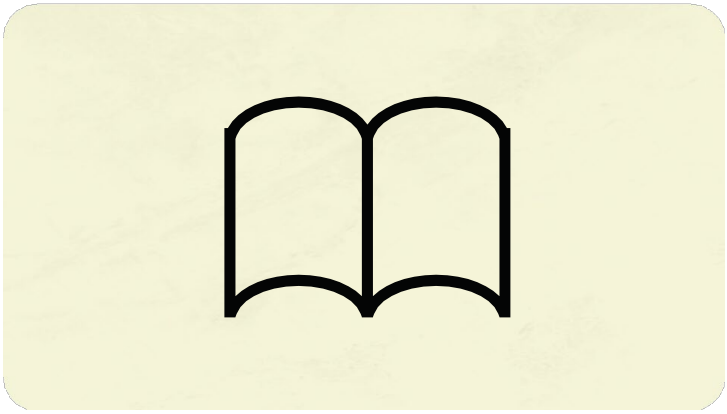
A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la Santa Biblia, versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina;© renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960® es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

Traducción de Brenda Varela.

© 2022 Enduring Word.
Todos los derechos reservados.

Enduring Word
5662 Calle Real #184
Goleta, CA 93117
Estados Unidos

Orar la Palabra de Dios



«Que por boca de David tu siervo dijiste:
¿Por qué se amotinan las gentes, y los pueblos piensan cosas vanas?
Se reunieron los reyes de la tierra, y los príncipes se juntaron en uno contra el Señor, y contra su Cristo.
Porque verdaderamente se unieron en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesús, a quien ungiste, Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel, para hacer cuanto tu mano y tu consejo habían antes determinado que sucediera».
(Hechos 4:25-28)

Se puede aprender mucho sobre una persona escuchándola orar y se puede aprender mucho sobre una iglesia a través de sus reuniones de oración. En Hechos 4 vemos una reunión de oración de la iglesia primitiva y aprendemos cosas maravillosas sobre ella. En Hechos 4:3-24, su oración comenzó con tres principios importantes; pero Hechos 4:25 nos muestra algo más importante acerca de la oración.

Cuando la iglesia primitiva oró en Hechos 4, invocó la palabra de Dios. No sabemos quién dijo estas palabras específicas, pero expresaron el corazón de todos los presentes en la reunión de oración. Dijeron: «por boca de David tu siervo dijiste». Este era el corazón de todos los discípulos en la reunión de

oración (recuerda que oraron unánimes). Ellos reconocieron que las palabras del Antiguo Testamento (Salmo 2 para ser exactos) realmente eran las palabras de Dios. Dios estaba hablando por boca de David [su] siervo.
Este es un punto importante. Los apóstoles y profetas creían que las palabras del rey David, registradas en el Salmo 2, realmente eran las palabras del Señor Dios, dichas por boca del rey David. Los primeros cristianos tenían un alto concepto de las Sagradas Escrituras.

Su oración citó el Salmo 2: «¿Por qué se amotinan las gentes, y los pueblos piensan cosas vanas?». Debido a su conocimiento de esta porción de la Biblia, entendían que debían esperar este tipo de oposición y no preocuparse por ello, porque Dios estaba en control de todas las cosas. Los discípulos entendían lo que sucedía, al ver lo que las Escrituras habían dicho al respecto.

Cuando oramos, debemos ver nuestras circunstancias a la luz de la Palabra de Dios. En tiempos de conflicto, vemos la batalla espiritual (Efesios 6:12); cuando hay pecado, lo confesamos y nos arrepentimos (Salmo 32:3-4); cuando necesitamos fuerza, confiamos en las promesas de Dios (Efesios 3:16).

Con esta confianza podían decirle a Dios: «[Haz] cuanto tu mano y tu consejo habían antes determinado que sucediera». Debido a que veían sus circunstancias a la luz de la Palabra de Dios, podían reconocer que la ira del hombre nunca opera fuera de la esfera del control de Dios. Estos enemigos de Jesús solo podían hacer lo que la mano de Dios les permitiera.
Esto trae verdadera paz: saber que todo lo que se me presente ha pasado primero por la mano de Dios y que Él no permitirá que ni siquiera los actos más malvados de los hombres resulten en un daño permanente.

Hoy, permite que la Palabra de Dios te dé la confianza y la paz de que Él tiene el control.

Orar por problemas



«Y ahora, Señor, mira sus amenazas, y concede a tus siervos que con todo denuedo hablen tu palabra, mientras extiendes tu mano para que se hagan sanidades y señales y prodigios mediante el nombre de tu santo Hijo Jesús». (Hechos 4:29-30)

La oración es mucho más que pedirle cosas a Dios. A veces tenemos el mal hábito de pensar que si no le pedimos a Dios que haga algo, en realidad no estamos orando. Pero la oración puede y debe ser rica en alabanza, acción de gracias, en declarar la gloria de Dios, escuchar a Dios, disfrutar de su presencia, humillarse ante Él y más.

Si bien la oración es más que pedirle cosas a Dios, ¡no está mal pedirle a nuestro Padre que está en el cielo su ayuda, guía, poder y bendición! En Hechos 4, los discípulos de Jesús tuvieron una reunión de oración después de que Pedro y Juan fueron amenazados y liberados cuando aparecieron ante el concilio religioso. En su oración, ellos honraron a Dios, le dieron gloria e invocaron las Escrituras. Hechos 4:29-30 nos dice lo que finalmente pidieron:

- Los discípulos le pidieron a Dios que mirara las amenazas: «Señor, mira a los hombres poderosos que se nos oponen. Parecen tener todas las ventajas, pero estamos a salvo en ti, siempre y cuando mires sus amenazas».
- Los discípulos le pidieron a Dios denuedo: «Señor, queremos ser más audaces, ¡no menos! El concilio quiere que tengamos tanto miedo de sus amenazas que no hablemos de Jesús. No queremos tenerles miedo, así que, por favor, danos denuedo».
- Los discípulos pidieron denuedo para hablar la palabra de Dios: «Señor, nuestro mensaje no es sobre nosotros mismos, ni sobre nuestra historia. Danos valor para proclamar el mejor mensaje que podemos: tu palabra».
- Los discípulos pidieron que se hicieran sanidades, señales y prodigios mediante el nombre de Jesús: «Señor, todo este problema comenzó con un milagro en el templo. ¡Haz más milagros de ese tipo!».

Todas estas peticiones estaban centradas en la causa y la gloria de Dios, no en la comodidad y el avance de los discípulos. Los discípulos oraron por cosas que pudieran conducir a más confrontación y problemas; no a menos.

No sé si realmente he orado alguna vez: «Dios, por favor, envíame más problemas». ¡Por lo general oro para que Dios me quite mis problemas! Pero quiero tener el corazón que tuvieron estos primeros discípulos de Jesús. Ellos se preocupaban más por la gloria de Dios y las almas de los hombres que por su propia comodidad y alivio. Si Dios podía obrar a través de sus problemas para su gloria y para traer más hombres y mujeres al reino, ¡entonces ellos querían que Dios les enviara más problemas!

No espero que ores: «Señor, envía más problemas». Pero hoy, puedes orar: «Señor, necesito tu denuedo para hablar tu palabra y quiero verte hacer grandes cosas. Si eso significa más problemas, ¡que así sea!». Oremos como estos primeros discípulos.

El denuedo que necesitamos



«Cuando hubieron orado, el lugar en que estaban congregados tembló; y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaban con denuedo la palabra de Dios». (Hechos 4:31)

¿Has visto a Dios responder a la oración? Espero que sí. Yo, ciertamente, he visto a Dios responder a muchas oraciones. Pero nunca he visto una respuesta a una oración como la que leemos en Hechos 4:31, cuando los discípulos oraron pidiéndole a Dios que les diera denuedo y continuara su obra, y entonces el lugar en el que estaban congregados tembló. Dios les dio un terremoto como una señal única de su complacencia. No sabemos la magnitud del temblor. Tal vez, se sintió en toda la ciudad; tal vez, solo en el vecindario; o, tal vez, solo en el lugar en el que estaban congregados.

Las paredes de la habitación en la que se encontraban no tenían vida, ¡pero Dios las sacudió! Las paredes respondieron al poder del Espíritu Santo; pero esas paredes no cambiaron, ni se convirtieron en un lugar santo especial donde el Espíritu de Dios siempre habitara. De manera similar, una persona puede ser sacudida por el Espíritu Santo sin ser transformada o habitada por Él.

El temblor de las paredes fue asombroso y recordado durante mucho tiempo. Sin embargo, hubo algo aún más poderoso que sucedió ese día: «todos fueron llenos del Espíritu Santo». No te pierdas esas palabras: fueron llenos del Espíritu Santo — otra vez. La experiencia que todos tuvieron en Pentecostés en Hechos 2 no fue una experiencia única. Cuando leemos el libro de los Hechos desde el principio hasta este punto, vemos que esta era como la tercera vez que se dice específicamente que Pedro fue lleno del Espíritu Santo.

Yo creo en el bautismo del Espíritu Santo. La Biblia nos habla de esta obra de Dios en el creyente. Pero la idea de que el creyente solo puede ser lleno del Espíritu Santo una vez, y que el bautismo del Espíritu Santo solo es esa única vez, son ideas incorrectas. Los creyentes pueden tener una maravillosa y primera entrega al poder del Espíritu; pero debemos ser continuamente llenos del Espíritu Santo y hacer de nuestra «inmersión» en Él una experiencia constante.

Su llenura del Espíritu no fue la única respuesta a la oración. Ellos oraron pidiendo denuedo en Hechos 4:29, y Hechos 4:31 dice: «hablaban con denuedo la palabra de Dios». Su denuedo fue un regalo de Dios, recibido a través de la oración. No fue algo que intentaran desarrollar por sí mismos.

Un comentarista señaló que la idea detrás de la palabra traducida como «denuedo» es «contarlo todo». Ellos decían la verdad y no ocultaban nada. ¡Necesitamos más de este denuedo hoy! Tenemos que contarlo todo. A veces les ocultamos deliberadamente la obra de Dios en nuestra vida a otras personas que realmente se beneficiarían al oír hablar de ella.
Hoy, ora por más denuedo del Espíritu Santo en tu vida y recíbelo por fe.

Megapoder, megagracia



«Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común. Y con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús, y abundante gracia era sobre todos ellos». (Hechos 4:32-33)

En Hechos 2:44-45 vimos el corazón generoso de la iglesia primitiva. Esos versículos nos muestran cómo compartían entre ellos e incluso vendían sus posesiones para ayudarse mutuamente. Eso era cierto de la iglesia cuando eran alrededor de 3000 personas. Ahora, el número de cristianos era mucho mayor y todavía tenían ese corazón generoso.

Leemos de esta gran generosidad: «la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía». Esto era cierto de la multitud, no solo de unos pocos. Por decirlo de una manera sencilla, consideraban a las personas más importantes que a las cosas. Esta unidad era una evidencia maravillosa de la obra del Espíritu de Dios entre ellos.

James Boice hizo una observación interesante sobre esta unidad en la iglesia primitiva. No fue una unidad lograda porque se ejerciera presión para obligar a

las personas a ser exactamente iguales. Esta unidad era algo más grande que eso; era la unidad del Espíritu de Dios, centrada en Jesús.
Debido a su unidad, tenían todas las cosas en común. Reconocían el señorío de Dios sobre todo; todo le pertenecía a Dios y a su pueblo. Debido a que Dios había tocado sus vidas tan profundamente, les resultaba fácil compartir todas las cosas.

Era maravilloso ver la unidad y generosidad de estos primeros cristianos. ¡A todos les encantaría vivir en una comunidad como esa! Sin embargo, esos corazones centrados en Jesús también experimentaron algo más: «con gran poder, los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús». Este gran poder era, paradójicamente, tanto el resultado como la raíz de su actitud unificada y generosa. Ponían a Dios en primer lugar, a las personas en segundo lugar y a las cosas materiales en un distante tercero.

También notamos que daban testimonio de la resurrección. Vemos el lugar central que ocupaba la resurrección de Jesús en el mensaje de los primeros cristianos. Predicaban a un Jesús resucitado.

Leemos que «abundante gracia era sobre todos ellos». La gracia es el favor de Dios. Sin sonar demasiado sentimentales, podemos decir que la gracia de Dios es su sonrisa desde el cielo. Es el favor y la bondad de Dios para su pueblo. Aún mejor, no era simplemente un poco de gracia, era una gran gracia. Un comentarista dice que, literalmente, esta era una megagracia. La frase «gran poder» puede entenderse como megapoder.

¿Notas para quién era esto? Leemos que esta megagracia era sobre todos ellos. No solo sobre unos pocos apóstoles especiales, sino sobre todos.

Hoy, enfócate radicalmente en el Jesús resucitado. Toma los dones de su generosidad y espíritu de unidad. Luego, recibe su megapoder y su megagracia. ¡Es para todos nosotros!

Una iglesia generosa



«Así que no había entre ellos ningún necesitado; porque todos los que poseían heredades o casas, las vendían, y traían el precio de lo vendido, y lo ponían a los pies de los apóstoles; y se repartía a cada uno según su necesidad». (Hechos 4:34-35)

Al repasar los primeros capítulos de Hechos, nos impresionan las muchas descripciones de la generosidad y el compartir de los primeros cristianos. Leemos que no había ningún necesitado entre la comunidad cristiana en Jerusalén. Nadie pasaba hambre ni le faltaba lugar donde vivir, porque los cristianos se cuidaban unos a otros.

Eso requería una generosidad radical (todos los que poseían heredades o casas, las vendían). Entre los aproximadamente 5000 cristianos que había en Jerusalén en ese momento, algunos eran ricos. Estos creyentes ricos no eran gravados mediante un programa de redistribución de ingresos. Todos daban generosamente y Dios proveía. Recuerda que la comunidad cristiana de Jerusalén estaba compuesta en gran parte por personas que llegaban como visitantes en Pentecostés, personas refugiadas del extranjero que tenían necesidades especiales.

Sigo notando que esto lo hacían entre la comunidad de cristianos. No leemos que lo hicieran por todos los que vivían en Jerusalén. Los cristianos tienen la responsabilidad de cuidar a los que son hermanos en la fe. Tenemos la oportunidad de ayudar a los que están fuera de la iglesia, pero no creo que tengamos la responsabilidad.
Simplemente no veo en las Escrituras que los cristianos sean responsables de alimentar, vestir y dar techo a todos en la tierra. Pero somos llamados a cuidar de los nuestros.

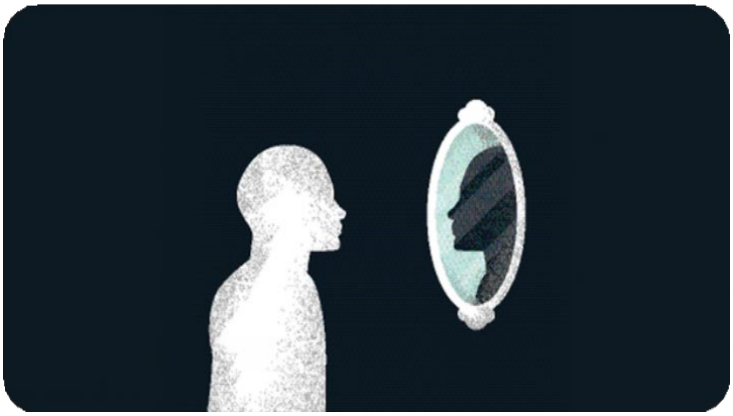
Entre los creyentes, se repartía a cada uno según su necesidad. Desafortunadamente, pronto se abusó de esta generosidad. Más tarde, Pablo enseñó sobre quiénes deberían recibir ayuda y cómo debían recibir ayuda. Las instrucciones de Pablo incluyen:

- La iglesia debe discernir quiénes son los que realmente necesitan ayuda (1 Timoteo 5:3). Si uno puede trabajar para mantenerse a sí mismo, no está realmente necesitado y debe satisfacer sus propias necesidades (2 Tesalonicenses 3:10-12; 1 Timoteo 5:8, 1 Tesalonicenses 4:11).
- Si la familia puede mantener a la persona necesitada, la iglesia no debería hacerlo (1 Timoteo 5:3-4).
- Los que reciben apoyo de la iglesia deben devolver algo a la iglesia (1 Timoteo 5:5, 10).
- Es correcto que la iglesia examine la conducta moral antes de apoyar (1 Timoteo 5:9-13).
- El sustento de la iglesia debe ser para las necesidades más básicas de la vida (1 Timoteo 6:8).

Creo que hoy en día la iglesia hace un mejor trabajo con esto de lo que la mayoría de la gente cree. Por supuesto, los cristianos siempre pueden y deben mejorar y hacer más. Pero no puedo pensar en una sola organización voluntaria que haga más para alimentar, vestir y albergar a los suyos y a los pobres del mundo que la iglesia.

Hoy, pregúntale a Dios si hay algún creyente necesitado al que Él quiera que le ayudes y confía en que, si lo hay, el Espíritu Santo te lo mostrará y te guiará. Hazlo con la sabiduría bíblica dada por Pablo y otros; pero no dejes de hacerlo.

Imagen y realidad



«Pero cierto hombre llamado Ananías, con Safira su mujer, vendió una heredad, y sustrajo del precio, sabiéndolo también su mujer; y trayendo sólo una parte, la puso a los pies de los apóstoles».
(Hechos 5:1-2)

Dios se estaba moviendo de una manera poderosa entre los primeros cristianos. El movimiento de los seguidores de Jesús era tan reciente, tan nuevo y tan lleno de vida que ni siquiera habían tomado el título de «cristianos» — eso vendría después. Pero, incluso sin llevar ese nombre, eran una comunidad de amor, poder y gran generosidad.

Se ha dicho que siempre que Dios se mueve de una manera poderosa, el diablo también comienza a moverse. Hay algo de verdad en eso. En la medida en que la iglesia crecía y prosperaba, Satanás no se rindió; sino que se puso a trabajar. La estrategia de Satanás de asustar a los cristianos para que callaran no funcionó, por lo que trató de atacarlos desde adentro.

Satanás atacó a la iglesia en un punto fuerte: la gran generosidad descrita al final de Hechos 4. Allí leemos de un hombre llamado Bernabé que fue especialmente dadivoso y cuya generosidad fue notada entre la gente.

Entonces, leemos de «cierto hombre llamado Ananías, con Safira su mujer que vendió una heredad». Después de ver la gran generosidad de Bernabé y lo mucho que lo respetaron (Hechos 4: 36-37), Ananías y Safira decidieron que querían recibir el mismo respeto.
Aquí está el problema: una vez que vendieron la tierra, Ananías y Safira se quedaron con parte del precio. Vendieron la heredad y dieron solo una parte, pero insinuaron que lo habían dado todo sacrificialmente. Hicieron un mal uso del dinero para «comprar» la imagen de ser radicalmente generosos y, al mismo tiempo, se quedaron con una buena parte.

En una época en la que Dios se movía de manera notable, la codicia y el mal uso del dinero por parte de esta pareja era una amenaza para la obra de Dios. No era solo Ananías, pues leemos: «sabiéndolo también su mujer». Ambos fueron socios en el engaño. Tal vez, originalmente habían prometido vender la tierra y darle todo el dinero a Dios, y les habían dicho a otros que harían eso. Pero cuando tuvieron el dinero en la mano, dijeron: «No tenemos que darlo todo, pero digámosles a todos que lo hicimos».

Había mucho mal en el pecado de Ananías y Safira, mal que iba más allá del intento de engañar a Dios y a la iglesia.

Le faltaron el respeto a Dios, defraudaron al Señor. Lo hicieron por la ambición retorcida de ser considerados personas maravillosas. Les importaba más tener la imagen de ser generosos que realmente ser generosos. Arrogantemente pensaron que eran lo suficientemente inteligentes como para pecar de esta manera y no ser descubiertos.

No funcionó. El encubrimiento planeado de nuestro pecado no funciona. Eventualmente, se exponen las cosas que son solo imagen y no realidad.

Hoy, pídele a Dios que te guarde de las orgullosas mentiras que promueven una imagen de piedad, cuando la realidad es muy diferente.

Satanás y mi pecado



«Y dijo Pedro: Ananías, ¿por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo, y sustrajeses del precio de la heredad? Reteniéndola, ¿no se te quedaba a ti? y vendida, ¿no estaba en tu poder? ¿Por qué pusiste esto en tu corazón? No has mentido a los hombres, sino a Dios». (Hechos 5:3-4)

Cuando pecamos, ¿de quién es la culpa? A veces nos gusta afirmar que el diablo nos hace pecar. No quiero defender al diablo, ¡pero Satanás no hace todo de lo que se le culpa! La verdad es que el mundo, la carne y el diablo trabajan juntos para llevarnos al pecado y la ruina. Hechos 5 es un ejemplo de esto.

En una época de gran generosidad entre los primeros cristianos, un hombre llamado Ananías y su esposa Safira quisieron ser conocidos como personas supergenerosas. Vendieron una heredad. Luego, fingieron dar todo el dinero de la venta a la iglesia; pero, en realidad, se quedaron con parte del dinero para ellos.

Este fue un pecado lamentablemente innecesario. Pedro le dijo a Ananías:

«reteniéndola, ¿no se te quedaba a ti? y vendida, ¿no estaba en tu poder?». Pedro comprendía que la tierra y su valor en realidad pertenecían a Ananías; él era completamente libre de hacer con ella lo que quisiera. Su crimen no fue retener el dinero, sino dar a entender engañosamente que lo dio todo.

Este fue un pecado tan grave que Pedro tuvo que confrontar públicamente a Ananías. Cuando Pedro habló, Ananías debe haberse sentido destrozado. Ciertamente, esperaba elogios por su espectacular regalo; pero en cambio, fue reprendido. Pedro vio que Satanás estaba obrando, incluso a través de un hombre como Ananías, que se contaba entre los creyentes.

No hay duda de que Satanás hizo su obra en el corazón de Ananías. Pero Pedro también describió su pecado de otra manera: «¿Por qué pusiste esto en tu corazón?». Satanás había llenado el corazón de Ananías; sin embargo, Pedro pudo preguntarle por qué había puesto él eso en su corazón. Satanás puede influir en la vida de un creyente, incluso de un creyente lleno del Espíritu; pero no puede pecar por uno. Ananías tuvo que ponerlo en su corazón. Necesitamos practicar la guerra espiritual, sabiendo que nuestros verdaderos enemigos son espirituales (Efesios 6:10-20). Debemos estar en guardia contra Satanás y todas sus estrategias.

Si eres un creyente, recuerda: Satanás no puede hacerte pecar. Él puede tentarte, gritarte, intentar engañarte o asustarte; pero el diablo no puede pecar por ti.

Así que, mientras estás en guardia contra Satanás y sus estrategias, también asegúrate de tener doble cuidado de mantener un corazón abierto ante Dios. Cuida lo que pones en tu corazón. No tengas miedo de confesar lo que hay en tu corazón: «Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros» (Santiago 4:7).

El avivamiento es como el día del juicio final



«Al oír Ananías estas palabras, cayó y expiró. Y vino un gran temor sobre todos los que lo oyeron. Y levantándose los jóvenes, lo envolvieron, y sacándolo, lo sepultaron».
(Hechos 5:5-6)

Un hombre llamado Ananías, junto con su esposa, le mintió a Dios y engañó a la iglesia. Lo hizo para parecer más generoso y espiritual de lo que realmente era.

Sorprendentemente, Dios trajo un juicio rápido: «Al oír Ananías estas palabras, cayó y expiró». Pedro no pronunció una sentencia de muerte sobre Ananías. No es asunto de la iglesia pronunciar una sentencia de muerte contra nadie. Pedro, simplemente lo confrontó con su pecado y Ananías cayó muerto. Es posible que Pedro se haya sorprendido más que nadie cuando Ananías cayó muerto.

Este fue un castigo severo por un pecado que parece común en la actualidad. Algunos se preguntan si Dios fue demasiado duro; pero, quizás, la mayor maravilla es que Dios retrasa su justo juicio en casi todos los demás casos.

Ananías recibió exactamente lo que se merecía; pues no podía vivir en la atmósfera de pureza que caracterizaba a la iglesia en ese momento.

Este juicio sobre Ananías debe verse en el contexto de su tiempo. Esta era una etapa crítica para la iglesia primitiva y tal impureza, pecado, escándalo e infiltración satánica podrían haber corrompido a toda la iglesia en su raíz. En aquel entonces, la iglesia era toda «raíz», las ramas aún no se habían desarrollado. Podemos suponer que una de las razones por las que no vemos el juicio de Dios así hoy es porque la iglesia de Dios tiene muchas ramas. Incluso si todo el cuerpo de Cristo en los Estados Unidos se corrompiera a través del escándalo o el pecado, hay mucha fuerza en otras partes del árbol alrededor del mundo. Lo que Dios hizo aquí en Hechos 5 muestra que está mal suponer que siempre hay más tiempo para arrepentirse, más tiempo para estar bien con Dios, más tiempo para ser honesto con Él. Cualquier tiempo dado por Dios es un regalo inmerecido; nunca debemos asumir que siempre estará ahí.

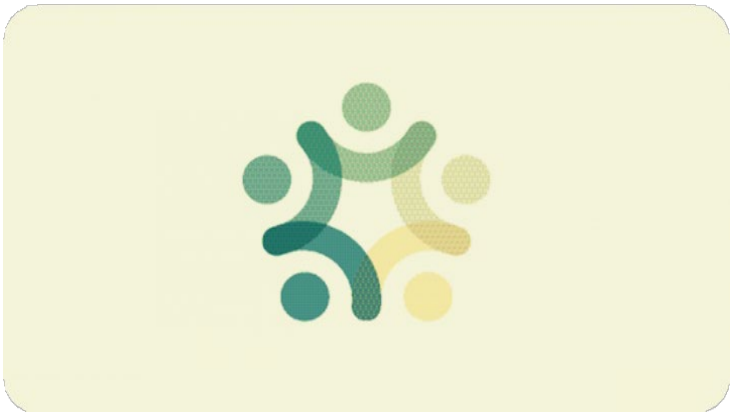
Hubo un resultado inmediato: «Y vino un gran temor sobre todos los que lo oyeron». El propósito de Dios se cumplió en la iglesia como un todo. Esto era evidencia de una gran obra de Dios entre su pueblo.

Cuando Dios comienza a moverse de una manera poderosa entre su pueblo, a menudo comienza con la exposición del pecado, lo que lleva al arrepentimiento radical. Dios no permitiría un encubrimiento; el pecado de Ananías quedó al descubierto para que el pueblo de Dios tomara el pecado en serio.

A menudo, pensamos que el avivamiento es algo triunfante, que se mueve de gloria en gloria. El verdadero avivamiento de Dios es glorioso; pero muchas veces comienza como el día del juicio para la iglesia. Después del juicio y después de que las cosas se corrigen, fluye una verdadera bendición.

Si Dios está «limpiando la casa» en tu iglesia o en tu vida, no lo desprecies. Esto podría ser el comienzo del avivamiento por el que has estado orando.

Unidad – Un gran milagro



«Y por la mano de los apóstoles se hacían muchas señales y prodigios en el pueblo; y estaban todos unánimes en el pórtico de Salomón». (Hechos 5:12)

En este tiempo, la comunidad de los discípulos de Jesús todavía estaba centrada en Jerusalén. En esa ciudad, se reunían en el pórtico de Salomón. Esta era un área en el monte del templo. El segundo templo era un complejo enorme, con amplios pórticos y áreas cubiertas. Sin duda, los primeros cristianos se reunían en un área particular del complejo del templo, en un área abierta para todos.

Esta fue una temporada de obras notables (muchas señales y prodigios). Aquí no se nos dice cuáles fueron estas señales y prodigios. Es de suponer que eran como las que vemos en otros lugares en Hechos y en los Evangelios: sanidades, liberación de poderes demoníacos y otras bendiciones inusuales.

En Hechos 4:29-30, los discípulos le pidieron a Dios que hiciera algunas cosas: «concede a tus siervos que con todo denuedo hablen tu palabra, mientras extiendes tu mano para que se hagan sanidades y señales y prodigios

mediante el nombre de tu santo Hijo Jesús». Vemos a Dios respondiendo poderosamente esa oración al dar a los discípulos audacia para predicar la palabra de Dios y al obrar muchas señales y prodigios a través de los apóstoles. Ellos pidieron con fe y Dios respondió sus oraciones.

Estos milagros fueron hechos por la mano de los apóstoles. En ese tiempo, Dios eligió hacer estas obras milagrosas por la mano de los apóstoles , pero no leemos acerca de Dios haciendo estos milagros a través de las manos de otros discípulos. Debemos confiar en que Dios elige sabiamente qué manos traerán un milagro. Aquí, Dios tenía un propósito al hacerlo a través de las manos de los apóstoles.

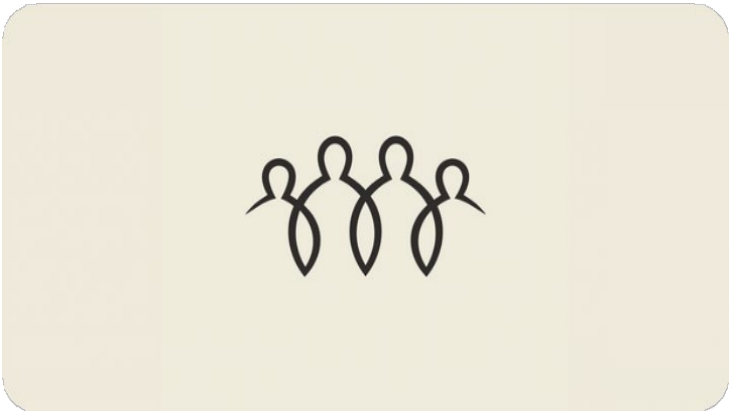
No sé tú, pero yo creo que Dios todavía hace milagros en la actualidad. No creo que nadie tenga el poder de realizar milagros cuando y como quiera; ese poder no se encuentra en ninguna persona. Pero Dios tiene poder para hacer cosas que van más allá de nuestra comprensión del orden natural. El Creador de las leyes normales de causa y efecto puede suspender esas leyes de vez en cuando como le plazca.

Es fácil ver lo milagroso cuando alguien es curado o liberado del poder demoníaco. Sin embargo, Dios hace muchos otros milagros que no se reconocen tan fácilmente como milagros. También vemos esto en Hechos 5:12: «y estaban todos unánimes». Había una maravillosa unidad de corazón y propósito entre el pueblo de Dios.

A menudo, el hecho de que en el pueblo de Dios estén todos unánimes es una demostración del poder del Espíritu Santo más grande que cualquier otra señal o maravilla. Nuestros corazones egoístas y mentes obstinadas pueden ser más difíciles de mover que cualquier montaña. Las divisiones entre creyentes pueden ser más difíciles de curar que la peor enfermedad.

Cree en los milagros que Dios en su sabiduría concederá; pero no olvides uno de los más grandes milagros: la verdadera unidad en Jesucristo entre sus discípulos.

Agregados al Señor



«De los demás, ninguno se atrevía a juntarse con ellos; mas el pueblo los alababa grandemente. Y los que creían en el Señor aumentaban más, gran número así de hombres como de mujeres».
(Hechos 5:13-14)

A veces pensamos que cuando la iglesia viva como debe vivir, será un imán que atraerá a todos aquellos que aún no creen en Jesús. Verán la pureza, el poder y la santidad de Dios entre su pueblo y dirán: «Quiero unirme a esa gente».

Supongo que funciona así a veces y en algunos lugares; pero, ciertamente, no siempre. Aquí, en Hechos 5:13-14, vemos que cuando la santidad y pureza de la iglesia fue evidente para el mundo, ninguno se atrevía a juntarse con ellos.

Cuando todos supieron como Dios trató a Ananías y Safira, y cuán celosamente Dios guardaba la pureza de su pueblo, lo pensaron dos veces antes de unirse a la comunidad del pueblo de Dios. Este tenía una reputación tan maravillosa de integridad que todos sabían que ser un seguidor de Jesús era algo serio.

Cuando Dios limpia la iglesia de esta manera radical, puede ser doloroso e incluso traumático. Sin embargo, una de las cosas buenas que se derivan de ello es que hay mucho menos compromiso casual entre los creyentes. Por tanto, es más probable que las personas calculen el costo como Jesús dijo que debían hacerlo (Lucas 14:25-33).

A pesar de la vacilación de algunos, leemos que «los que creían en el Señor aumentaban más». Observamos que se agregaban cada vez más creyentes al Señor. Aunque la gente sabía que ser cristiano era algo serio, el Espíritu de Dios seguía moviéndose con poder. Cada vez más personas se unían a la comunidad de los discípulos de Jesús.

De hecho, se agregaban en gran número. Se unían a los discípulos «en gran número así de hombres como de mujeres». Esta es la manera en la que Lucas nos recuerda que la purificación de la iglesia relacionada con Ananías y Safira no causó ningún daño duradero. La obra de Dios siguió adelante.

Observa la fraseología que el Espíritu Santo eligió para describir esto: «Los que creían en el Señor aumentaban más». Esto significa que se agregaban nuevos creyentes; pero se agregaban al Señor, no a una «iglesia», persona o movimiento. Eran añadidos al mismo Señor Jesús.

Cristiano, por favor, entiende: tu identidad fundamental es quién es eres como alguien agregado al Señor Jesús:

- Tienes una raza y una etnia; pero esas no son tu identidad fundamental.
- Vives en una nación y, quizás, perteneces a un partido político; pero esa no es tu identidad fundamental.
- Tienes una educación y perteneces a algún tipo de clase económica y social; pero esa no es tu identidad fundamental.
- Perteneces a una determinada iglesia o denominación; esa no es tu identidad fundamental.

Has sido agregado al Señor Jesús. ¡Estás «en Cristo»! Esta es la identidad más grande y gloriosa. Regocíjate en Él, descansa en Él — y recuerda que es algo serio estar entre los que se agregan al Señor Jesús.

Milagros extraños



«Tanto que sacaban los enfermos a las calles, y los ponían en camas y lechos, para que al pasar Pedro, a lo menos su sombra cayese sobre alguno de ellos. Y aun de las ciudades vecinas muchos venían a Jerusalén, trayendo enfermos y atormentados de espíritus inmundos; y todos eran sanados». (Hechos 5:15-16)

Estos primeros capítulos del libro de los Hechos cuentan la historia de los asombrosos primeros años de la iglesia, la comunidad de los discípulos de Jesús. Hasta este punto no se habían expandido mucho más allá de Jerusalén y era una época de una obra maravillosa de Dios.

Había milagros asombrosos y extraños. Las personas sacaban los enfermos a las calles. La gente estaba tan convencida de la realidad y el poder de la fe de los cristianos, que pensaban que podían curarse con el mero toque de la sombra de Pedro.

Eso es lo que dice Hechos 5:15: «para que al pasar Pedro, a lo menos su sombra cayese sobre alguno de ellos». Observa que no dice, específicamente, que las personas eran sanadas por la sombra de Pedro; sino que la gente

pensaba que así sería y que tomaban medidas basadas en esta creencia. No sabemos con certeza si las personas se curaron realmente cuando la sombra de Pedro pasó sobre ellas.

En este caso, aparentemente, incluso la sombra de Pedro se convirtió en un incentivo para que las personas liberaran fe en Jesús como sanador. Parece que la gente entendió bien lo que dijo Pedro en Hechos 3:12-16: que Jesús sana, incluso si hace su obra de sanación a través de sus apóstoles.

Puede parecernos una locura que alguien pueda ser curado por el toque de una sombra, pero sabemos que un toque de la ropa de Jesús curó a una mujer (Lucas 8:44). No había nada mágico en la prenda, pero fue una forma de liberar su fe. Del mismo modo, no había poder en la propia sombra de Pedro; pero había poder cuando una persona creía en que Jesús podía sanarla, y el paso de la sombra de Pedro puede haber ayudado a algunos a creer.

Independientemente de cómo Dios haya elegido traer la sanidad, no hay duda de que estuvo presente una obra notable, tanto que todos eran sanados. No debemos perdernos la conexión entre la pureza preservada en la primera parte de Hechos 5 (con la muerte de Ananías y el temor de Dios entre los cristianos) y el poder que se muestra aquí. Dios bendijo con poder espiritual a una iglesia pura.

Observa que muchos venían a Jerusalén de las ciudades vecinas, que se trataba de personas que venían a Jerusalén en lugar de que los apóstoles fueran a ellas. Esto era emocionante, pero no exactamente de acuerdo con el mandato de Jesús. Él les dijo a los discípulos que salieran a Jerusalén, a toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra (Hechos 1:8). Los apóstoles no abandonaron Jerusalén hasta que no fueron forzados por la persecución.

¡Con todos los milagros que estaban sucediendo; tal vez, necesitaban un milagro mayor para obedecer a Jesús!

Liberados para un propósito



«Mas un ángel del Señor, abriendo de noche las puertas de la cárcel y sacándolos, dijo: Id, y puestos en pie en el templo, anunciad al pueblo todas las palabras de esta vida».
(Hechos 5:19-20)

Dios estaba obrando de una manera poderosa a través de los apóstoles, y a los líderes religiosos de Jerusalén no les gustó. Hechos 5:17-18 dice que el sumo sacerdote arrestó a los apóstoles y los puso a todos en la cárcel.

No estuvieron mucho tiempo en prisión. Leemos: «mas un ángel del Señor, abriendo de noche las puertas de la cárcel y sacándolos». Esto fue fácil de arreglar para Dios. Todos los ángeles son espíritus ministradores enviados para servir a aquellos que heredarán la salvación (Hebreos 1:14). Dios envió a este ángel para ministrar a los apóstoles. Las puertas cerradas no son nada para Dios ni para aquellos a quienes Él usa.

Para hacer el trabajo, Dios envió a un ángel. Posiblemente, solo entendieron que se trataba de uno cuando analizaron lo sucedido retrospectivamente. Los ángeles a menudo tienen apariencia humana y puede que no siempre sea fácil reconocer a un ángel (como en Lucas 24:3-7 y Hebreos 13:2).

El ángel no solo abrió las puertas, también tenía un mensaje: «Id, y puestos en pie en el templo, anunciad al pueblo todas las palabras de esta vida». El ángel los liberó de la prisión, pero no iba a hacer la obra de predicar. Eso dependía de los apóstoles y, ahora, también depende de nosotros.

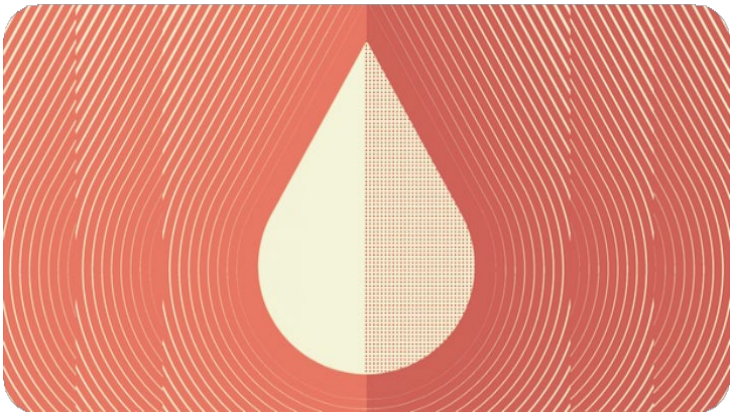
Su rescate de la prisión fue maravilloso, pero tenía un propósito: que pudieran continuar con su trabajo. Dios no los liberó principalmente por su seguridad o comodidad. Fueron puestos en libertad por una razón. En el futuro, no siempre fueron liberados.

La historia posterior de estos apóstoles y otros asociados a ellos en la iglesia primitiva, muestra que en algunas ocasiones Dios libera a través de milagros, pero en otras no. De acuerdo con la historia y la bastante confiable tradición de la iglesia, lo:

- Mateo fue decapitado con una espada.
- Marcos murió en Alejandría después de ser arrastrado por las calles de la ciudad. Lucas fue colgado de un olivo en Grecia.
- Juan murió de muerte natural; aunque intentaron hervirlo en aceite, pero no tuvieron éxito.
- Pedro fue crucificado bocabajo en Roma. Santiago fue decapitado en Jerusalén.
- A Jacobo, el Menor, lo lanzaron desde lo alto y luego lo golpearon con palos. Felipe fue ahorcado.
- Bartolomé fue azotado y golpeado hasta la muerte.
- Andrés fue crucificado y predicó a todo pulmón a sus perseguidores hasta que murió. Tomás fue atravesado con una lanza.
- Judas fue asesinado con las flechas de un verdugo.
- Matías fue apedreado y luego decapitado, al igual que Bernabé. Pablo fue decapitado en Roma.

Esto nos recuerda que debemos confiar en que Dios hace cosas milagrosas y desea verlas cada vez más; pero hacemos esto sabiendo que Dios también tiene un propósito cuando no libra con mano milagrosa. También debemos percatarnos de que nosotros, como los apóstoles, somos liberados con un propósito; no simplemente para vivir para nosotros mismos.

Echar la sangre



«Cuando los trajeron, los presentaron en el concilio, y el sumo sacerdote les preguntó, diciendo: ¿No os mandamos estrictamente que no enseñaseis en ese nombre? Y ahora habéis llenado a Jerusalén de vuestra doctrina, y queréis echar sobre nosotros la sangre de ese hombre».
(Hechos 5:27-28)

Los líderes religiosos que se oponían a los apóstoles de la iglesia primitiva no tenían los hechos de su lado. La verdad era que Jesucristo había resucitado de entre los muertos y se había mostrado a muchas personas antes de ascender al cielo. Los líderes religiosos no pudieron presentar el cuerpo de Jesús o desacreditar los informes confiables de su resurrección. Lo peor de todo es que no pudieron evitar que los discípulos de Jesús proclamaran las buenas nuevas de la vida de Jesús, su muerte en sacrificio en la cruz y su resurrección.

Entonces, los líderes religiosos hicieron lo que muchos hacen cuando la verdad no está de su lado: esperar que la intimidación atemorice a la oposición y la calle. Ese es el escenario en el que Hechos 5:27 dice que «los presentaron en el concilio». Este era otro intento de intimidar a los apóstoles con una demostración de la autoridad institucional del concilio. Los apóstoles, sabiendo cómo Dios los había protegido y continuaría protegiéndolos,

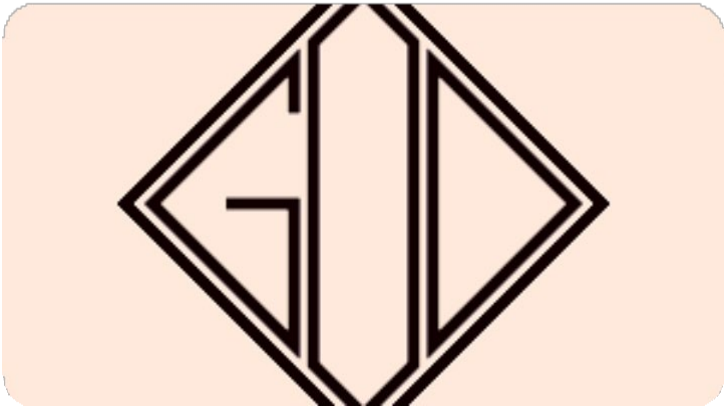
probablemente no se sintieron demasiado impresionados, y mucho menos intimidados.

Entonces, el hombre más intimidante de los presentes, el sumo sacerdote, confrontó a los seguidores de Jesús diciendo: «¿No os mandamos estrictamente que no enseñaseis en ese nombre?». Era cierto que les habían ordenado a Pedro y a Juan que ya no enseñaran en el nombre de Jesús (Hechos 4:17-18). Sin embargo, Pedro y Juan les dijeron abiertamente que continuarían en obediencia a Dios (Hechos 4:19-20). Por lo tanto, el sumo sacerdote les dijo a los apóstoles: «habéis llenado a Jerusalén de vuestra doctrina». Esta acusación posiblemente hizo sonreír a los discípulos —era un testimonio maravilloso de cuán efectivo había sido su mensaje. Su doctrina, las buenas nuevas de Jesucristo, había llenado Jerusalén.
Entonces el sumo sacerdote dijo algo sorprendente al afirmar que los discípulos querían «echar sobre nosotros [sobre ellos] la sangre de ese hombre». Primero, observa cómo se refirió a Jesús: lo llamó «ese hombre». Se podría decir que el sumo sacerdote tenía tanto miedo del poder de Jesús que, incluso, evitó pronunciar el nombre del Salvador.

Sin embargo, la acusación de que los apóstoles querían echar sobre [ellos] la sangre de ese hombre es interesante. El sumo sacerdote, sin duda, quería decir que los apóstoles tenían la intención de responsabilizar a los líderes judíos, al menos en cierta medida, de la muerte de Jesús (como en Hechos 2:23).
Al mismo tiempo, sabemos que los apóstoles deben haber deseado que el sumo sacerdote y los otros líderes judíos llegaran a la fe en Jesús, al igual que lo habían hecho algunos otros sacerdotes (Hechos 6:7). Ciertamente, los apóstoles querían echar la cobertura y la sangre limpiadora de Jesús sobre el sumo sacerdote y otros en el concilio.
Quizás, los apóstoles sonrieron, asintieron con la cabeza y pensaron: «Sí, queremos que confíen en lo que Jesús hizo por ustedes a través de su muerte».

¿Está la sangre limpiadora de Jesucristo sobre ti?

A Dios antes que a los hombres



«Respondiendo Pedro y los apóstoles, dijeron: Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres».
(Hechos 5:29)

Esta era la segunda vez que Pedro se presentaba ante este concilio y daba una respuesta tan audaz. La vez anterior se registró en Hechos 4:19-20 cuando Pedro y Juan dijeron: «Juzgad si es justo delante de Dios obedecer a vosotros antes que a Dios; porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído». Aquí, los apóstoles dijeron lo mismo con diferentes palabras cuando dijeron: «es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres».

Esas palabras fueron una declaración audaz. La audacia de Pedro y los apóstoles contrastaba con la actitud del Sanedrín. Los hombres de ese concilio estaban mucho más preocupados por las opiniones de los hombres que por la obediencia a Dios. Anteriormente, en Hechos 5, leemos que mucha gente común en Jerusalén tenía una opinión positiva sobre los discípulos de Jesús (Hechos 5:13). También leemos que la iglesia estaba creciendo, muchas personas querían convertirse en cristianas (Hechos 5:14). Debido a esto, los hombres del concilio (que parecían tan importantes e influyentes) tenían miedo de castigar a los apóstoles. Les importaba agradar a la multitud más que

agradar a Dios.

Por causa de esto, lo que Pedro y los apóstoles dijeron (es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres) probablemente constituyó un golpe para los hombres del concilio. Esas fueron palabras significativas.

La respuesta de los apóstoles al concilio no era una defensa ni una súplica de misericordia. Los apóstoles simplemente explicaron por qué hacían lo que hacían.

En general, el Nuevo Testamento enseña que debemos someternos a quienes tienen autoridad sobre nosotros. Sin embargo, la sumisión a nivel humano nunca es absoluta y nunca es más importante que la sumisión que le debemos a Dios.

Debemos obedecer a los gobernantes, pero no cuando contradicen a Dios. El Señor ha establecido estructuras de autoridad y sumisión para el hombre y la mujer de Dios. Pero, como explicó Juan Calvino, si una persona en una posición de autoridad se vuelve muy desobediente y malvada, renuncia al honor de ser obedecida.

Todo cristiano debería estar de acuerdo con Pedro y los discípulos: «es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres». Como cristianos, nos sometemos a la autoridad legítima y reconocemos que este tipo de sumisión va más allá de hacer cosas con las que normalmente estaríamos de acuerdo. Sin embargo, cuando la autoridad legítima va más allá de su lugar designado por Dios, nuestra respuesta es que «es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres».

El concilio que intimidó a los apóstoles y les dijo que dejaran de predicar no era el amo de la iglesia; Jesucristo es el Señor de la iglesia. Si bien respetamos el trabajo y la autoridad de los concejales, alcaldes, gobernadores y otros líderes, entendemos que Jesucristo es el Señor de la iglesia. Y cuando Dios nos dice una cosa y la autoridad humana nos dice otra, es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres.

Somos sus testigos



«El Dios de nuestros padres levantó a Jesús, a quien vosotros matasteis colgándole en un madero. A éste, Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados. Y nosotros somos testigos suyos de estas cosas, y también el Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a los que le obedecen».
(Hechos 5:30-32)

Una vez más, los apóstoles se presentaron ante un concilio de hombres poderosos que les ordenaba que dejaran de hablar de Jesucristo. Tal vez sea mejor decir que era un concilio de hombres que tenían la apariencia de ser poderosos. El poder de Dios realmente se manifestó en la valiente respuesta de los apóstoles.

Primero, Pedro (hablando en nombre de todos los apóstoles) le dijo al concilio que obedecerían a Dios antes que a los hombres (Hechos 5:29). Luego, Pedro y los apóstoles proclamaron la verdad del evangelio, comenzando con la resurrección y crucifixión de Jesús: «El Dios de nuestros padres levantó a Jesús, a quien vosotros matasteis colgándole en un madero».
Pedro se refirió a la cruz como un madero porque hizo una asociación con Deuteronomio 21:22-23, donde se dice que una persona colgada en un madero

es maldecida por Dios. También llamó la atención sobre el trágico crimen que constituía el rechazo de ellos a Jesús y señaló que lo mataron de la peor manera posible; tanto desde una perspectiva romana (en la cruz), como desde una perspectiva judía (la asociación con el madero).

Este fue un testimonio fiel al fundamento de la fe cristiana. Pedro habló de:

- La culpabilidad del hombre (Jesús, a quien vosotros matasteis).
- La muerte de Jesús (colgándole en un madero).
- La resurrección de Jesús (El Dios de nuestros padres levantó a Jesús).
- La ascensión de Jesús al cielo (A éste, Dios ha exaltado con su diestra).
- La responsabilidad del hombre de responder (para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados).

Todas estas cosas son hechos simples y directos. Fueron verificados personalmente por estos hombres, los apóstoles, y por otros. Con sus propios ojos y oídos habían constatado que Jesús había sido crucificado, había resucitado y ascendido a la gloria. Para estos hombres, no había dudas ni cuestionamientos. Realmente sucedió. Ellos lo presenciaron. El Espíritu Santo lo confirmó. Este era su testimonio.

Alguien contó una vez una historia sobre el juicio de un ladrón de bancos. La fiscalía presentó a varios testigos que dijeron haber visto a ese hombre robar el banco. El criminal protestó: «¡Eso no es nada! ¡Puedo encontrarles el doble de personas que no me vieron robar el banco!». Sin embargo, los que no estuvieron allí y no vieron lo que pasó no podían borrar el testimonio de los que sí lo vieron.

A tu manera, ¿puedes tú también decirlo?: «Y nosotros somos testigos suyos de estas cosas, y también el Espíritu Santo». No vimos personalmente a Jesús ser crucificado, resucitar y ascender; pero tenemos el testimonio confiable de aquellos que sí lo vieron. Tenemos el testimonio del mismo Espíritu Santo en nuestros corazones.

Con todo esto, ¡seamos testigos suyos tan valientes como Pedro y los apóstoles!

El principio de Gamaliel



«Y ahora os digo: Apartaos de estos hombres, y dejadlos; porque si este consejo o esta obra es de los hombres, se desvanecerá; mas si es de Dios, no la podréis destruir; no seáis tal vez hallados luchando contra Dios». (Hechos 5:38-39)

El concilio estaba furioso. Pedro y el resto de los apóstoles asumieron una posición audaz y les dijeron a estos hombres importantes que no se retractarían de lo que Dios les había dicho que hicieran y dijeran. En Hechos 5:33 se nos dice que los hombres del concilio estaban tan enojados que querían matar a estos líderes del movimiento cristiano primitivo.

Entonces, habló uno de los hombres más respetados de la sala. Se llamaba Gamaliel y era tan estimado que le dieron el título de Rabán, que significa «nuestro maestro». Gamaliel era nieto del honorable rabino Hilel, quien fue el fundador de la escuela de interpretación bíblica más sólida de ese tiempo.

El concilio tenía el asesinato en mente cuando el respetado rabino Gamaliel levantó la voz y comenzó con una lección de historia. Les recordó a todos sobre dos revolucionarios bastante recientes que intentaron desviar a Israel, y cómo

ninguno de los dos logró nada. Luego introdujo un punto con respecto a los cristianos: «si este consejo o esta obra es de los hombres, se desvanecerá; mas si es de Dios, no la podréis destruir; no seáis tal vez hallados luchando contra Dios».

Desde que Gamaliel dijo esas palabras, algunos las han considerado sabias y dicen que el «principio de Gamaliel» debe guiarnos. Estoy totalmente en desacuerdo. Ciertamente, hay ocasiones en las que «esperar y ver si esto es de Dios o no» es un buen consejo, pero no cuando se trata de decidir si una religión o un movimiento espiritual son verdaderos.

Estas palabras de Gamaliel provenían de él, no de Dios. Hay muchas religiones o movimientos espirituales que pueden considerarse exitosos a los ojos del hombre, pero están en contra de la verdad de Dios. El éxito no es la máxima medida de la verdad. Hay religiones que han existido durante cientos de años, tienen millones de seguidores, y son falsas.

Gamaliel era en realidad un observador pasivo. Habló como si debieran esperar y ver si Jesús y los apóstoles eran realmente de Dios. Eso sonaba sabio e incluso espiritual; pero era un rechazo de la evidencia que tenía delante.

¿Qué mayor testimonio necesitaba, además de la resurrección de Jesús y los milagros de los apóstoles? Gamaliel adoptó una actitud de «esperar y ver» cuando había mucha evidencia de que Jesucristo era quien dijo que era, de que se levantó de entre los muertos y de que los apóstoles fueron enviados por Dios de manera única para difundir ese mensaje.

Gamaliel propuso la prueba del tiempo y esa es una prueba importante. Pero más importante que la prueba del tiempo es la prueba de la «eternidad». No adoptes un enfoque de «esperar y ver» cuando Dios ya te ha dado la evidencia de quién es Jesús y lo que hizo por ti.

Dignos de padecer afrenta



«Y convinieron con él; y llamando a los apóstoles, después de azotarlos, les intimaron que no hablasen en el nombre de Jesús, y los pusieron en libertad. Y ellos salieron de la presencia del concilio, gozosos de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre. Y todos los días, en el templo y por las casas, no cesaban de enseñar y predicar a Jesucristo». (Hechos 5:40-42)

El prestigioso concilio de hombres importantes esperaba poder intimidar a los apóstoles para que dejaran de predicar sobre Jesús. Después de una fuerte advertencia, llamaron a los apóstoles y luego los azotaron.

Cuando leemos esas palabras en el versículo 40, nos preguntamos: «¿Qué tan grave fue la flagelación de los apóstoles?». Según algunos eruditos, la palabra azotarlos en el versículo 40 también puede traducirse como «desollado». Los azotes que recibieron les arrancaron la piel de la espalda. Otro comentarista escribió: «No era cualquier cosa; se sabía que la gente moría por ello […].La flagelación estaba destinada a ser una lección seria para los infractores».

Sin embargo, incluso después de una flagelación tan severa, los apóstoles no

se sintieron intimidados ni desanimados. En cambio, se fueron gozosos. No se gozaron por haber sufrido, sino por haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre. Era un privilegio estar asociado con Jesús en cualquier circunstancia, incluso en padecer afrenta.

Debido a esta gozosa asociación con Jesús, no cesaban de enseñar y predicar a Jesucristo. Cualquier flagelación o trato vergonzoso que les haya dado el Sanedrín, no sirvió de nada. Los discípulos no dejaron de predicar ni un momento.

Esto nos desafía a cada uno de nosotros como seguidores de Jesús. Ellos continuaron cuando podrían haberse detenido. A menudo encontramos que la amenaza del rechazo social es suficiente para hacernos callar acerca de quién es Jesús y lo que hizo por nosotros.

Necesitamos tener el valor y la determinación de los apóstoles para permanecer firmes en Jesucristo. Pensamos que padecer afrenta por el nombre de Jesús es como un veneno mortal que nos matará. Bajo la obra del Espíritu de Dios, esa afrenta acumulada sobre nosotros por la causa de Jesús puede ser como un estímulo de vitaminas que nos hace más fuertes.

El gran predicador de la Inglaterra victoriana, Charles Spurgeon, habló de este tipo de corazón audaz: «Ahora, exhorto a cada cristiano aquí a hablar con valentía en el nombre de Cristo, según tenga la oportunidad, y especialmente a cuidar esta tendencia de nuestra carne a tener miedo; lo que prácticamente nos lleva a intentar salir incólumes y salvarnos de problemas. No teman; sean valientes por Cristo. Vivan valientemente por aquel que murió amorosamente por ustedes».

Me encanta esa última frase de Spurgeon: «Vivan valientemente por aquel que murió amorosamente por ustedes». En el mundo occidental, la vergüenza (afrenta) es prácticamente lo único que tenemos que sufrir por el nombre de Jesús. Soportemos con valentía lo que debamos soportar, apoyemos a nuestros hermanos y hermanas de todo el mundo que deben soportar cosas mucho peores, y oremos por ellos.

Divide y conquistarás



«En aquellos días, como creciera el número de los discípulos, hubo murmuración de los griegos contra los hebreos, de que las viudas de aquéllos eran desatendidas en la distribución diaria».
(Hechos 6:1)

Hasta este punto del libro de los Hechos, los ataques de Satanás contra la iglesia se habían producido de diferentes formas. Satanás intentó muchas formas de oposición directa e intimidación y también trató de corromper a la iglesia desde adentro. Todas estas estrategias no tuvieron éxito en detener o retrasar la obra de la iglesia (Hechos 5:42).

En Hechos 6 se ve a Satanás con otra estrategia contra el pueblo de Dios: la división. El diablo esperaba «dividir y conquistar» a través del descuido, las malinterpretaciones y las diferencias culturales.
Podemos decir que con Hechos 5 y 6, los buenos tiempos pasaron para los primeros cristianos. Ahora tenían que lidiar con la corrupción interna y con disputas y posibles divisiones. La forma en que lidiaron con esas cosas marcó la diferencia. Todo sucedió cuando se multiplicaba el número de los discípulos. Las temporadas de crecimiento y oportunidad para la iglesia también son temporadas para estar en guardia contra la división. A pesar de

que la iglesia estaba creciendo, todavía se preocupaban el uno por el otro de formas prácticas. Este cuidado práctico hizo que los cristianos se organizaran para ayudar a sus viudas con algún tipo de distribución diaria de alimentos.

Mientras los cristianos se organizaban para satisfacer las necesidades entre los suyos, «hubo murmuración de los griegos contra los hebreos de que las viudas de aquéllos eran desatendidas en la distribución diaria». Los «hebreos» eran los judíos más inclinados a acoger la cultura judía y en su mayoría eran de Judea. Los «griegos» eran los judíos más inclinados a acoger la cultura griega y en su mayoría eran de la diáspora (de todo el Imperio romano).

Es importante recordar que, aunque se usan los títulos «hebreos» y «griegos», estos eran cristianos, seguidores de Jesús. Todos provenían de un trasfondo judío, pero todos habían aceptado a Jesús como su Mesías.

Aparentemente, algunos de los cristianos de origen griego creían que las viudas de entre los cristianos hebreos recibían una mejor atención. Nada sugiere que el descuido haya sido a propósito. Algunas viudas estaban siendo desatendidas, lo que pudo ser algún descuido o el resultado de una mala organización.

A Satanás le encanta usar un mal no intencional para comenzar un conflicto. Los hebreos sentían que tenían la razón en sus corazones y los griegos en sus hechos. Estas eran las condiciones perfectas para que se desarrollara un conflicto que dividiría la iglesia. ¿Cómo manejarían esto? El resto de Hechos 6 lo explicará, pero entiende esto: cuando la iglesia de hoy enfrenta división, el pueblo de Dios ya ha estado allí antes, y la Palabra de Dios nos da la sabiduría para caminar a través de temporadas de división de una manera que le dé gloria a Dios. Puede que no tomemos esa sabiduría; pero Dios nos la ofrece.

Empieza por creer lo mejor de tus hermanos y hermanas, y darte cuenta de que muchas de las heridas que nos infligen y soportamos no son intencionales; aunque sí deben tratarse.

La obra que agrada a Dios



«Entonces los doce convocaron a la multitud de los discípulos, y dijeron: No es justo que nosotros dejemos la palabra de Dios, para servir a las mesas… Y nosotros persistiremos en la oración y en el ministerio de la palabra». (Hechos 6:2, 4)

Un problema amenazaba con dividir a la joven comunidad de cristianos. Cuando un grupo sintió que sus viudas estaban siendo desatendidas por la obra caritativa de la iglesia, el problema necesitaba ser resuelto. Sin embargo, los apóstoles insistieron en que no eran ellos los que debían suplir directamente la necesidad.

Los apóstoles explicaron: «no es justo que nosotros dejemos la palabra de Dios, para servir a las mesas». Esto no se refería al servicio real de comida y limpieza de las mesas de comedor de estas viudas. Era una forma de hablar que significaba el manejo del trabajo práctico involucrado en el cuidado de las viudas.

Los apóstoles dijeron que debían permanecer fieles a su llamado central, que era la oración y el ministerio de la palabra. No era correcto que dedicaran su tiempo a administrar las necesidades prácticas de las viudas.

Algunas personas creen que esto era evidencia de una actitud de superioridad entre los doce; que en su orgullo se consideraban por encima de tal trabajo. No lo creo. En cambio, creo que fueron prudentes al delegar estas responsabilidades. Dios no llamó a estos apóstoles a ser «todo» y a «hacer todo» por la iglesia. Dios ha levantado y levantará a otros para que sirvan en otras áreas.

Pensando en esto en un contexto moderno, podemos decir que un pastor no debe consumir su tiempo en tareas que son esencialmente «servir mesas». No obstante, algo anda mal con un pastor que considera que ese trabajo es inferior a él.

Los apóstoles no se quedarían sin hacer nada, tenían trabajo que hacer: persistir en la oración y en el ministerio de la palabra. El hecho de que los apóstoles se ocuparan de la oración y el ministerio de la palabra, muestra cuán enérgicamente hicieron esas cosas y cuán absorbente es predicar y orar correctamente.

El ministerio es mucho trabajo, sin contar los dolores de cabeza administrativos. Un joven le dijo a Donald Gray Barnhouse: «Daría el mundo por poder enseñar la Biblia como usted». Mirándolo directamente a los ojos, el Dr. Barnhouse respondió: «Bien, porque eso es exactamente lo que te costará».

Servir bien a las viudas necesitadas y servirles de manera justa era un verdadero trabajo. Entregarse persistentemente a la Palabra de Dios y a la oración también era un trabajo. Ninguno es mejor que el otro; cada uno es bueno y valioso para el reino de Dios. Lo que necesitamos es un sentido del llamado y del don de Dios para nuestra vida, y un sentido de lo que el Espíritu Santo quiere que hagamos. Estos primeros cristianos entendieron su llamado e hicieron su trabajo. ¿Lo entiendes tú? Hacer lo que Dios te ha llamado y dotado para hacer es el trabajo que a Él le agrada.

Calificados para servir



«Buscad, pues, hermanos, de entre vosotros a siete varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, a quienes encarguemos de este trabajo».
(Hechos 6:3)

Hechos 6 nos dice que hubo un problema entre los primeros cristianos. Debido a que eran tan generosos, había dinero para ayudar a las viudas que no podían mantenerse solas. Pero hubo desacuerdo sobre cómo se repartía ese dinero entre las viudas.

Los cristianos judíos de origen griego o helenístico sintieron que sus viudas eran desatendidas en comparación con las viudas de entre los cristianos de origen más tradicionalmente judío.

Llevaron el problema a los apóstoles y Hechos 6:3 dice que los apóstoles hablaron al grupo general de creyentes (la «multitud de los discípulos» mencionada en Hechos 6:2) y buscaron la solución con mucha comunicación y aportes de varias personas. Incluso les pidieron —quizás, especialmente a los que se sentían agraviados— que buscaran de entre ellos (de entre vosotros) hombres de buen testimonio para hacer este trabajo.

Esta fue una manera maravillosa de resolver el problema. No echaron fuera a los contrariados. No se dividieron en dos congregaciones. No evitaron a los inconformes. No formaron un comité ni discutieron interminablemente el problema.

Sin duda, hubo algunas personas que sugirieron que los apóstoles personalmente debían prestar más atención directa a la distribución de ayuda a las viudas. En cambio, ellos delegaron y llevaron a más personas a hacer el trabajo del ministerio. Satisfacer las necesidades no satisfechas es una excelente manera de atraer a más personas al ministerio.

Pero la congregación tuvo que elegir hombres de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría. Estos requisitos pusieron el enfoque en el carácter de los hombres que serían elegidos. Los apóstoles estaban mucho más preocupados por la calidad interna de los hombres que por su apariencia o imagen exterior. No solicitaron a los hombres más populares o guapos; solicitaron hombres de carácter. Dado que los hombres serían de buen testimonio, la familia de la iglesia tendría confianza en ellos, incluidos los que se quejaron.

La idea detrás de «llenos del Espíritu Santo» y de sabiduría es que estos hombres debían tener una mentalidad espiritual y práctica. Esta puede ser una combinación difícil de encontrar; pero encontraron siete hombres que estaban calificados y dispuestos.

Sin embargo, observa que los apóstoles dijeron: «a quienes encarguemos». La decisión final recayó en los apóstoles. Ellos querían y valoraban los aportes de la congregación, pero la decisión realmente dependía de los apóstoles.

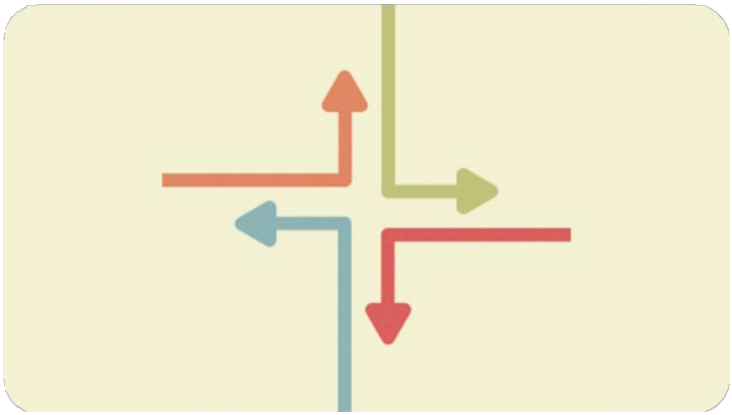
Estos siete hombres serían elegidos para un servicio práctico y sencillo. Sin embargo, era importante que estuvieran bien calificados por varias razones:

- Para que pudieran hacer el trabajo de manera eficaz.
- Para que pudieran representar bien a los apóstoles y a la iglesia en su conjunto.

- Para que sus reconocidas posiciones no condujeran al orgullo ni a la arrogancia.

Si eres uno de los siervos más prácticos de la familia de Dios, pídele a Dios que te haga crecer en estas cosas. Si no es así, ora por algunos siervos prácticos que conozcas.

Hacer lo correcto



«Agradó la propuesta a toda la multitud; y eligieron a Esteban, varón lleno de fe y del Espíritu Santo, a Felipe, a Prócoro, a Nicanor, a Timón, a Parmenas, y a Nicolás prosélito de Antioquía; a los cuales presentaron ante los apóstoles, quienes, orando, les impusieron las manos. Y crecía la palabra del Señor, y el número de los discípulos se multiplicaba grandemente en Jerusalén; también muchos de los sacerdotes obedecían a la fe». (Hechos 6:5-7)

No es fácil lidiar con problemas en la iglesia, especialmente cuando un grupo se siente maltratado. Pero en Hechos 6, cuando hubo una disputa sobre el trato a las viudas cristianas de origen cultural griego, el Espíritu Santo llevó a los apóstoles a la solución correcta.

La solución fue tan buena que «agradó la propuesta a toda la multitud». ¡Ambas partes quedaron contentas! No podemos decir que fue una buena decisión solo porque a la gente le gustó. Sin embargo, Dios confirmó la sabiduría de los apóstoles mediante el acuerdo entre la gente.

Lucas, el autor de Hechos, enumeró a los siete hombres. Todos tenían nombres griegos, lo que demuestra que probablemente ellos mismos eran griegos. Se muestra una gran sensibilidad hacia los griegos ofendidos al nombrar a griegos para que se ocuparan de la distribución a las viudas.

Una vez escogidos los siete hombres, «orando, les impusieron las manos». Era importante imponerles las manos, incluso si su servicio era principalmente suplir las necesidades prácticas de las viudas. El servicio práctico es servicio espiritual. La misma palabra griega se usa tanto para «distribución» (Hechos 6:1) como para «ministerio» (Hechos 6:4). La idea detrás de la palabra en ambos lugares es «servicio», ya sea de manera práctica o espiritual.

Observa el resultado maravilloso: «y crecía la palabra del Señor, y el número de los discípulos se multiplicaba grandemente en Jerusalén». Considerando todo lo que pudo haber salido mal cuando Satanás trató de atacar a la iglesia mediante la división, es maravilloso que todos los involucrados hicieran lo correcto:

- Los que tenían la queja, los griegos, hicieron lo correcto: dieron a conocer la necesidad, en lugar de quejarse y lloriquear, y confiaron en la solución de los apóstoles.
- Los de la otra parte, los hebreos, hicieron lo correcto: reconocieron que los griegos tenían una necesidad legítima y confiaron en la solución de los apóstoles.
- Los siete hombres elegidos hicieron lo correcto: aceptaron el llamado al servicio poco glamuroso.
- Los apóstoles hicieron lo correcto: respondieron a la necesidad sin distraerse de su tarea central.

La estrategia de Satanás falló. Trató de dividir la iglesia y no funcionó. La segunda estrategia de Satanás también falló. Los apóstoles no se distrajeron del enfoque del ministerio que Dios tenía para ellos: el enfoque en la Palabra de Dios y en la oración.
Tal gracia era tan evidente que «también muchos de los sacerdotes obedecían a la fe». ¡Muchos sacerdotes estaban aceptando a Jesús!

Cuando estemos en temporadas de división potencial, si hacemos lo correcto, veremos a Dios hacer su gran obra.

Buenas acusaciones



«Entonces sobornaron a unos para que dijesen que le habían oído hablar palabras blasfemas contra Moisés y contra Dios. Y soliviantaron al pueblo, a los ancianos y a los escribas; y arremetiendo, le arrebataron, y le trajeron al concilio. Y pusieron testigos falsos que decían: Este hombre no cesa de hablar palabras blasfemas contra este lugar santo y contra la ley; pues le hemos oído decir que ese Jesús de Nazaret destruirá este lugar, y cambiará las costumbres que nos dio Moisés».
(Hechos 6:11-14)

Nunca es agradable ser acusado falsamente, pero puede haber algo bueno incluso en las acusaciones falsas. Vemos esto en Hechos 6, cuando Esteban, un siervo recién reconocido en la iglesia primitiva, fue acusado falsamente.

Esteban predicaba con valentía y Dios hizo cosas milagrosas a través de él. Hechos 6:10 dice que los oponentes de Esteban «no podían resistir la sabiduría y al Espíritu con el que hablaba». Querían detener el mensaje de Esteban. Entonces, «sobornaron a unos» para que presentaran cargos falsos.

Normalmente, Lucas no tendría por qué saber que «sobornaron a unos». Posiblemente, lo supo porque un hombre llamado Saulo de Tarso estaba entre

los oponentes. Saulo (quien llegó a ser conocido como el apóstol Pablo) pudo haberle contado a Lucas sobre esto.
Cuando hicieron esto, soliviantaron al pueblo. Los oponentes de Esteban no podían hacer nada contra los seguidores de Jesús hasta que la opinión popular no estuviera de su lado.

Anteriormente, la persecución contra los apóstoles era limitada porque la opinión popular estaba con ellos (Hechos 2:47, 5:26). La opinión popular se forma fácilmente. Las multitudes que amaban a los apóstoles (Hechos 2:47, 5:26), aquí condenaron a Esteban. Por lo tanto, nunca debemos permitir que la opinión popular moldee la visión o el enfoque de la iglesia, el cual debe permanecer en la Palabra eterna de Dios.

Cuando miramos los cargos contra Esteban, todos se centran en las ideas de que Esteban habló contra el Dios de Israel, Moisés, la ley y el templo. Las acusaciones distorsionaron verdades que Esteban claramente enseñó: que Jesús era el Mesías y que era más grande que Moisés. En las acusaciones específicas, podemos ver que Esteban enseñó claramente que:

- Jesús era más grande que Moisés (palabras blasfemas contra Moisés).
- Jesús era Dios (palabras blasfemas contra […] Dios).
- Jesús era más grande que el templo (palabras blasfemas contra este lugar santo).
- Jesús era el cumplimiento de la ley (palabras blasfemas contra […] la ley).
- Jesús era más grande que sus costumbres y tradiciones religiosas (Jesús de Nazaret destruirá este lugar, y cambiará las costumbres que nos dio Moisés).

Esteban nunca enseñó contra Moisés ni contra Dios, pero su exaltación de Jesús fue torcida por sus enemigos. Esteban nunca habló palabras blasfemas contra este lugar santo (el templo), pero se negó a convertirlo en un ídolo como lo hacían algunos judíos en ese tiempo.

Aquí está la mejor parte: muchas de estas mismas acusaciones falsas también fueron hechas contra Jesús (Mateo 26:59-61). Es bueno ser acusado de las mismas cosas de las que se acusó a Jesús. Incluso, si las acusaciones son falsas, ¡estás en buena compañía!

Dios es más grande que su templo



«El sumo sacerdote dijo entonces: ¿Es esto así? Y él dijo: Varones hermanos y padres, oíd: El Dios de la gloria apareció a nuestro padre Abraham, estando en Mesopotamia, antes que morase en Harán […]». (Hechos 7:1-2)

Esteban, un líder de la iglesia primitiva, estaba siendo juzgado ante el concilio más prominente de los ancianos judíos: el Sanedrín. El sumo sacerdote mencionado aquí, probablemente todavía era Caifás, quien también presidió el juicio de Jesús (Mateo 26:57).

El sumo sacerdote le preguntó a Esteban: «¿Es esto así?». Él invitó a Esteban a dar explicaciones debido a las acusaciones registradas en Hechos 6:11-14. Esteban había sido acusado de hablar «palabras blasfemas contra Moisés y contra Dios, y contra este lugar santo [el templo] y contra la ley».

En su respuesta, Esteban ofreció un panorama de la historia del Antiguo Testamento. No deberíamos pensar que Esteban instruyó al Sanedrín sobre puntos que no conocían de la historia judía. En cambio, Esteban enfatizó en algunos temas de la historia judía que tal vez ellos no habían considerado:

- La Biblia dice que Dios nunca se confinó a sí mismo en un solo lugar (como el templo).
- La Biblia dice que el pueblo judío a menudo rechazó a los que Dios les enviaba.

Esto en realidad no era una defensa. Esteban no estaba interesado en defenderse. Simplemente, quería proclamar la verdad sobre Jesús de una manera que la gente pudiera entender. Esteban no estaba intentando ser absuelto; quería presentar con claridad la verdad de Dios.
Uno de los cargos contra Esteban era que había hablado contra el templo, y Jesús había sido acusado de lo mismo. Algunos judíos del primer siglo habían hecho del templo un ídolo. Tomaron algo bueno —el templo y sus servicios— y lo convirtieron en el centro de la obra de Dios. ¡Tenían el templo en tan alta estima que hablar en contra de él era un pecado que merecía la muerte!

Esteban enfrentó esta falsa y peligrosa idolatría recordando a Abraham. Esteban explicó: «El Dios de la gloria apareció a nuestro padre Abraham, estando en Mesopotamia». Esteban hizo énfasis en que el Dios de la gloria se apareció a Abraham incluso antes de que este llegara a la Tierra Prometida.

Abraham no necesitó un templo para esta revelación del Dios de la gloria y ni siquiera tuvo que estar en la tierra de Israel. Dios era más grande que ambos. Esto explicaba por qué estaba mal que este concilio juzgara a Esteban por hablar en contra del templo.

No fue que Dios estuviera en Canaán y que Abraham en Mesopotamia, y Dios le dijera a Abraham: «Ven aquí para que pueda hablarte». Dios se apareció a Abraham justo donde estaba, en Mesopotamia. Él era el Dios de Israel, de Jerusalén y del templo; pero era y es mucho más.

No necesitamos ir a un lugar determinado para que Dios se nos revele. No vamos a la iglesia porque sea el único lugar donde Dios está; vamos, porque ahí es donde se reúne su pueblo. El Dios de toda la creación puede hablarte justo donde estás hoy.

No cometas los mismos errores



«¡Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también vosotros. ¿A cuál de los profetas no persiguieron vuestros padres? Y mataron a los que anunciaron de antemano la venida del Justo, de quien vosotros ahora habéis sido entregadores y matadores».
(Hechos 7:51-52)

Cuando Esteban fue juzgado ante el Sanedrín, les dio una lección de historia. Los puntos de su lección fueron claros: Dios se reveló a Israel muchas veces fuera del templo, e Israel a menudo rechazó a los que Dios envió para liberarlos (como José y Moisés).

Luego, como cualquier buen predicador, Esteban aplicó la verdad de la Biblia. Él dijo: «Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también vosotros». Podemos imaginarnos los murmullos y el enojo entre el Sanedrín cuando la lección de historia de Esteban comenzó a tener sentido. Esteban vio esto y supo que una vez más estaban rechazando al que Dios había enviado, tal como antes.

Esteban los confrontó audazmente con su pecado: «¡Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos!». Basándose en conceptos del Antiguo Testamento, Esteban reprendió a los que rechazaban a Jesús por ser duros de cerviz (como se describe a Israel en pasajes como Éxodo 32:9) e incircuncisos de corazón y de oídos (como se describe a Israel en pasajes como Jeremías 9:26).

Casi 20 veces en el Antiguo Testamento, Dios llamó a Israel «duros de cerviz». Estos líderes religiosos de Hechos 7 estaban actuando tal como actuaron sus antepasados. Israel también se enorgullecía de la señal de la circuncisión porque los separaba de los gentiles. Esteban esencialmente dijo: «Ustedes son como los gentiles en su rechazo al Señor».

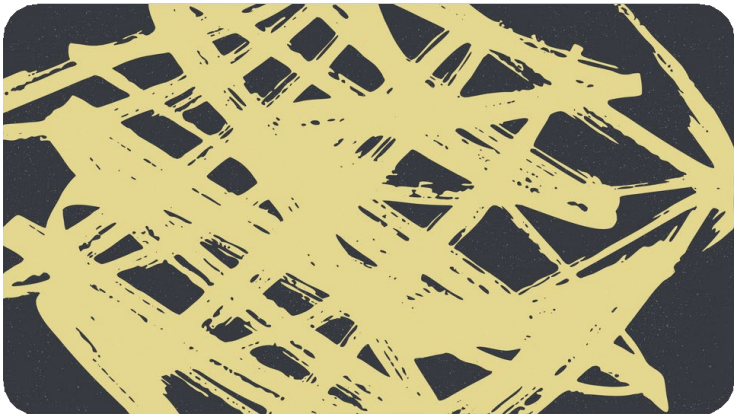
El punto principal de Esteban era inconfundible: «Como fue Israel a lo largo de su historia, son ustedes hoy. Dios les dio la ley, pero no la han guardado». Esta acusación debe haber indignado a quienes se enorgullecían de su obediencia a la ley. Aunque debió haber ofendido al concilio, el mensaje de Esteban era cierto. Primero, Dios no hace acepción de lugares; es decir, aunque el templo era un regalo maravilloso de Dios, estaba mal enfatizar demasiado en él como «la casa de Dios». En segundo lugar, Israel en ese momento era culpable de lo mismo que con frecuencia había sido culpable: de rechazar a los mensajeros de Dios.

Jesús dijo que es imposible que los odres viejos contengan al vino nuevo (Mateo 9:17). A través de Esteban, el Espíritu Santo mostró cómo las antiguas tradiciones del judaísmo (especialmente el énfasis excesivo en el templo) no podían contener el vino nuevo del cristianismo.

Lo que subyace detrás de la idea del templo permanente es que Dios dice: «Venid a mí». Israel iba a ser una luz para las naciones, pero ellos principalmente pensaban que el mundo debía acudir a ellos en busca de salvación. A través de la iglesia, Dios mostraría un corazón diferente al mundo: «Yo iré a ustedes».

No debemos cometer el mismo error: repetir los pecados de nuestros antepasados al pensar que el mundo vendrá a nosotros por el mensaje de salvación. Con la ayuda de Dios, honremos a Dios y alcancemos a un mundo necesitado.

Crujir de dientes



«Oyendo estas cosas, se enfurecían en sus corazones, y crujían los dientes contra él». (Hechos 7:54)

Esta es una escena notable de Hechos. Esteban, un siervo líder entre los primeros cristianos, era juzgado ante el mismo concilio que, solo unos años antes, había enviado a Jesús a los romanos para que lo crucificaran. Esteban dio una explicación notablemente elocuente y audaz sobre el pecado del concilio.

En respuesta, estos hombres poderosos se enfurecieron en sus corazones. El concilio estaba enojado porque el mensaje de Esteban dio en el blanco. No podían descartar o ignorar lo que dijo. Eran culpables de los mismos pecados que muchos de sus antepasados. Hicieron un ídolo del templo y, con frecuencia, rechazaron a los libertadores que Dios les envió. Especialmente, rechazaron al máximo Libertador de Dios: Jesucristo.
El Sanedrín reaccionó con rabia — «crujían los dientes contra él». Llama la atención esta respuesta de parte de hombres que eran líderes dignos y respetados. Esto es como si un grupo de senadores o ministros del parlamento crujieran los dientes con ira en respuesta al testimonio de un testigo en una audiencia.

Según algunos comentaristas (como Gaebelein), los tiempos verbales en esta oración indican que no esperaron hasta que Esteban terminara su discurso para comenzar a crujir los dientes. Fue un prolongado crujir de dientes a lo largo de todas sus palabras.

No es bueno crujir los dientes. La práctica puede mostrar que alguien está bajo mucho estrés o vive con mucha ira. Es una mala práctica para el cuerpo, pero aquí fue aún peor, fue como una indicación de la condición espiritual de estos hombres.

Muchas veces en el Antiguo Testamento, el crujir de dientes describe cómo los enemigos del pueblo de Dios reaccionaban con furia contra aquellos a quienes perseguían:

- «Como lisonjeros, escarnecedores y trúhanes, crujieron contra mí sus dientes» (Salmos 35:16).
- «Lo verá el impío y se irritará; Crujirá los dientes, y se consumirá» (Salmos 112:10).
- «Mis dientes quebró con cascajo, me cubrió de ceniza» (Lamentaciones 3:16).

En al menos cinco lugares diferentes de Mateo, Jesús describió el infierno (el lago de fuego) como un lugar de «lloro y crujir de dientes». Entonces, cuando leemos: «crujían los dientes contra él», inevitablemente nos recuerda las imágenes del infierno.

Estos hombres eran prominentes, exitosos y parecían religiosos; sin embargo, rechazaron a Dios y se asociaron con el infierno, no con el cielo. El estrés y la ira de su rebelión contra Dios se manifestó en su crujir de dientes.

No obstante, en todo esto, Dios tuvo su victoria. Mira el Salmo 37:12-13: «Maquina el impío contra el justo, y cruje contra él sus dientes; El Señor se reirá de él; Porque ve que viene su día».

Hoy, confía en la victoria de Dios; incluso sobre aquellos que crujen los dientes contra Él y contra su pueblo.

Jesús estaba allí



«Pero Esteban, lleno del Espíritu Santo, puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios, y dijo: He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios». (Hechos 7:55-56)

Esta dramática descripción narra los últimos momentos de la vida de Esteban, el primer mártir de la iglesia primitiva. Cuando Esteban expuso el pecado de los importantes hombres del concilio, ellos se sintieron condenados y se llenaron de ira contra él.

Esto no molestó a Esteban porque estaba lleno del Espíritu Santo. ¡Qué contraste con el comportamiento del concilio! Ahora entendemos el motivo por el que Esteban mostró tanto valor, sabiduría y poder al predicar: estaba lleno del Espíritu Santo. Me gusta como J.B. Phillips tradujo esto: «Esteban, lleno en todo su ser del Espíritu Santo». Así es como debemos ser llenos del Espíritu Santo.

Luego leemos que Esteban «vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios». Es difícil describir exactamente lo que vio Esteban. No

podemos decir con certeza si se trató de una visión personal o si se abrió algún tipo de «ventana al cielo».
Observamos que Esteban vio a Jesús que estaba a la diestra de Dios. Hay varias otras descripciones de Jesús en el cielo a la diestra de Dios el Padre (como en Mateo 26:64 y Colosenses 3:1).

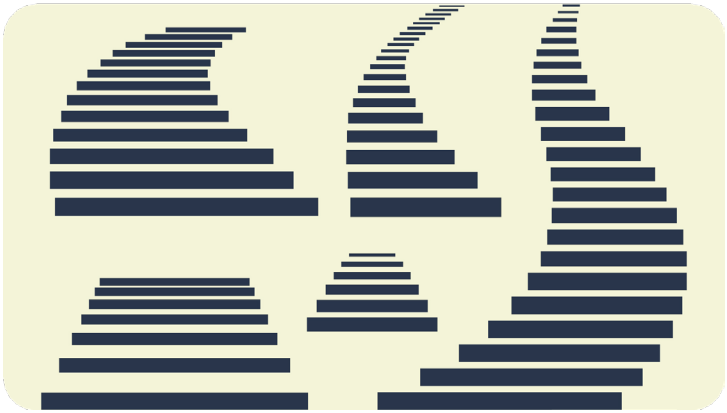
Podemos suponer que Jesús estaba ahí en solidaridad con Esteban en este momento de crisis. Jesús reacciona cuando su pueblo sufre. Algunos de los antiguos griegos pensaban que una de las cualidades de los dioses era lo que llamaban apathia; es decir, que eran «apáticos» y no se preocupaban por los problemas de la tierra. Ese no es el Dios de la Biblia, perfectamente representado en Jesucristo. Jesús conocía el gran sufrimiento de Esteban.

También podríamos considerar que Jesús estaba allí para dar una gran ovación a Esteban, cuyo destino lo hizo único entre los creyentes. Entre todos los seguidores de Jesús, Esteban fue el primer mártir. Le seguirían muchos, pero solo uno podía ser el primero, y ese fue Esteban.

Esto nos recuerda lo que dijo Jesús en Mateo 10:32: «A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos». Jesús también estaba allí para apoyar a Esteban y asegurar que, aunque fue declarado culpable y castigado en la tierra, Esteban fue encontrado justo y fue recompensado en el cielo. Jesús hizo por Esteban exactamente lo que prometió en Mateo 10:32.

Muchos millones han muerto por Jesús desde la época de Esteban; pero son un porcentaje pequeño de todos los discípulos de Jesús a lo largo de la historia. La mayoría de nosotros no somos llamados a morir como mártires. Sin embargo, en la medida en que Dios nos da el valor y la fuerza día a día, podemos vivir la vida de un mártir. A nuestra manera, podemos confesar a Jesús y verlo confesarnos a nosotros delante de su Padre en el cielo.

El primer mártir



«Entonces ellos, dando grandes voces, se taparon los oídos, y arremetieron a una contra él. Y echándole fuera de la ciudad, le apedrearon; y los testigos pusieron sus ropas a los pies de un joven que se llamaba Saulo». (Hechos 7:57-58)

Para el consejo gobernante fue demasiado. Fue demasiado cuando Esteban expuso sus conocidos pecados de rechazar a los que Dios enviaba para librarlos y su idolatría en el templo. Fue demasiado cuando Esteban vio que los cielos se abrían y que Jesús estaba en el lugar de prestigio y honor.

Debido a que era demasiado, gritaron; es decir, dieron grandes voces. El Sanedrín reaccionó rápida y violentamente. Jesús, ante este mismo concilio, declaró que se sentaría a la diestra de Dios, y ellos tuvieron una reacción similar (Mateo 26:64-66).

No solo dieron grandes voces, también «se taparon los oídos, y arremetieron a una contra él». La reacción del Sanedrín parece extrema, pero es típica de quienes rechazan a Dios y están perdidos en la locura espiritual. Ellos

gritaron en agonía y se taparon los oídos ante la revelación de Dios, la cual consideraron una blasfemia.

Es peligroso ser religioso sin tener una relación real con Jesucristo. Esto cumple lo que Jesús advirtió en Juan 16:2-3: «Os expulsarán de las sinagogas; y aun viene la hora cuando cualquiera que os mate, pensará que rinde servicio a Dios. Y harán esto porque no conocen al Padre ni a mí».

Luego, echándole fuera de la ciudad, le apedrearon: El alcance de su ira se demostró en la ejecución de Esteban, que se hizo sin tener en cuenta la ley romana, y que se realizó de acuerdo con la costumbre judía tradicional (lapidación).

El comentarista F.F. Bruce citó un escrito judío del siglo II para explicar la lapidación: Primero, le daban al condenado la oportunidad de confesar. Luego le quitaban la ropa. A continuación, uno de los testigos del crimen lo empujaba desde lo alto. Si eso no lo mataba, entonces el segundo testigo arrojaba una piedra pesada sobre el pecho del condenado. Si esto no lo mataba, le tiraban piedras al condenado hasta que moría.

En todo esto, los testigos pusieron sus ropas a los pies de un joven que se llamaba Saulo. Un hombre llamado Saulo fue el supervisor de la operación. La frase «joven» significa, literalmente, «un hombre en su mejor momento». Es casi seguro que era miembro del Sanedrín y que aprobó fuertemente la ejecución de Esteban.

Esteban fue el primer mártir cristiano. Su muerte fue traumática para la iglesia primitiva. Sin embargo, Dios no abandonó a Esteban; Jesús lo recibió en gloria y usó su muerte para traer a muchos al reino. El dicho de la iglesia primitiva resultó ser cierto: «la sangre de los mártires se convirtió en la semilla de la cosecha de la iglesia».

En Jesús, nuestros dolores nunca serán en vano.

Vivir la vida de un mártir



«Y apedreaban a Esteban, mientras él invocaba y decía: Señor Jesús, recibe mi espíritu. Y puesto de rodillas, clamó a gran voz: Señor, no les tomes en cuenta este pecado. Y habiendo dicho esto, durmió». (Hechos 7:59-60)

Esteban fue acusado, arrestado y juzgado. Esteban dio su respuesta al concilio y luego sufrió su réplica airada y violenta. Al final de todo, apedrearon a Esteban «mientras él invocaba y decía: Señor Jesús, recibe mi espíritu». La vida de Esteban terminó de la misma manera en que había vivido: con total confianza en Dios y creyendo que Jesús se encargaría de él en la existencia venidera.

Al morir, Esteban dijo algo a gran voz —todos pudieron escucharlo. Él dijo: «Señor, no les tomes en cuenta este pecado». Esteban mostró la misma actitud de perdón que Jesús en la cruz (Lucas 23:34). Esteban le pidió a Dios que perdonara a sus acusadores e hizo las promesas en voz alta y públicamente.

Dios respondió la oración de Esteban y la usó para tocar el corazón de un hombre que estuvo enérgicamente de acuerdo con su lapidación, aunque

este hombre no sabía que la oración estaba siendo respondida. Cuando lleguemos al cielo, debemos agradecer a Esteban por cada bendición traída por el ministerio de Saulo de Tarso.

Dios escuchó la oración de Esteban y Pablo es la evidencia de ello. Este primer mártir de la fe cristiana no fue un superhombre, sino un hombre «lleno en todo su ser del Espíritu Santo». Muchos de nosotros no tenemos idea de cuán grandemente podemos ser usados por Dios mientras caminamos en el poder del Espíritu Santo. Dios, incluso, usa nuestro sufrimiento para su gloria.

Observa cómo Lucas describe la muerte de Esteban: «durmió». Esto habla del fallecimiento de Esteban con la mayor ternura posible. En lugar de decir simplemente que murió, dice que simplemente durmió, lo que transmite la idea de que despertó en un mundo mucho mejor.

Esteban durmió, pero la iglesia tenía que despertar. Su muerte fue solo el comienzo de una mayor persecución venidera. Iba a ser una batalla llena de sufrimiento, pero también llena de gloria para Dios.

Esteban fue el primer mártir de la fe cristiana. Me gusta la perspectiva de G. Campbell Morgan sobre el martirio de Esteban. Escribió que la persecución no hace mártires, sino que los revela. Esteban tenía el corazón de un mártir — fue un testigo, alguien dispuesto a morir por su testimonio de Jesús— aún antes de que lo apedrearan. Como escribió Morgan, Esteban «fue el primer mártir en sellar su testimonio con su sangre».

La mayoría de nosotros nunca moriremos como mártires. Pero cada uno de nosotros puede vivir la vida de un mártir, fiel al testimonio de quién es Jesús y lo que hizo para salvarnos. Hoy, pídele a Dios que edifique esa fidelidad en ti.

Sacando lo bueno de la presión y el dolor



«Y Saulo consentía en su muerte. En aquel día hubo una gran persecución contra la iglesia que estaba en Jerusalén; y todos fueron esparcidos por las tierras de Judea y de Samaria, salvo los apóstoles».
(Hechos 8:1)

Unos versículos antes, conocimos al hombre que supervisó la ejecución de Esteban, el primer mártir de la fe cristiana (Hechos 7:58). Hechos 8:1 continúa la historia de Saulo, diciéndonos que Saulo «consentía en la muerte» de Esteban. La traducción al español, probablemente, no sea lo suficientemente fuerte. La idea detrás de la palabra griega suneudokeo es «aprobar, estar complacido». Algunas personas son perseguidoras reacias, pero Saulo era más que eso; él se complacía en atacar e, incluso, matar a los cristianos.

Saulo de Tarso —a quien la mayoría de nosotros conocemos por su nombre romano, Pablo— después llegó a lamentar profundamente esta persecución de la iglesia. Más tarde escribió: «no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la iglesia de Dios» (1 Corintios 15:9).

La muerte de Esteban fue solo el comienzo, el comienzo de una gran

persecución que surgió contra la iglesia. Las compuertas de la violencia ahora estaban abiertas contra los cristianos y Saulo era solo uno de los muchos perseguidores. Antes, ciertos apóstoles habían sido arrestados, golpeados y perseguidos. Ahora, cada creyente se enfrentaba a la amenaza de violencia y tal vez de muerte.

En 1956, a orillas de un río en las selvas de Ecuador, los nativos asesinaron a cinco misioneros que fueron a predicar sobre Jesús. Para muchos, esta muerte pareció una tragedia sin sentido. La mayoría, solo pudo ver a cinco jóvenes misioneros cuyas carreras se vieron truncadas, o a las cinco viudas y sus niños huérfanos. Pero Dios hizo una obra asombrosa a través de esos cinco hombres, incluso a través de sus muertes, y la bendición resonó durante mucho tiempo en personas como Elisabeth Elliot, la viuda de uno de los misioneros mártires.

De manera similar, la muerte de Esteban podría parecer insignificante a primera vista. Su joven ministerio de poder y elocuencia fue interrumpido abruptamente. Su ministerio también pareció terminar en un fracaso —nadie fue llevado inmediatamente a la fe y lo único que vino fue más persecución. Pero, como ha sucedido a menudo, la sangre de los mártires se convirtió en la semilla de la iglesia.

Después de esto, todos fueron esparcidos por las tierras. Ahora, los cristianos se veían obligados a hacer lo que se habían mostrado reacios a hacer: llevar el mensaje de Jesús a las tierras circundantes. En Hechos 1:8, Jesús les dijo claramente a sus seguidores que fueran más allá de Jerusalén y llevaran el evangelio a Judea, Samaria y al mundo entero. Hasta este momento, los seguidores de Jesús no habían hecho esto.

El bien resultante nos muestra que Dios puede y utilizará circunstancias dolorosas y apremiantes para guiar a su pueblo a su voluntad. A veces debemos ser sacados de nuestro estado de comodidad antes de que hagamos la obra a la que Dios nos ha llamado. Cuando Dios permite que seamos sacudidos o pasemos por presión o dolor, no debemos olvidar buscar su propósito en todo. Puede ser algo más grande de lo que jamás imaginamos.

El perseguidor exitoso



«Y Saulo asolaba la iglesia, y entrando casa por casa, arrastraba a hombres y a mujeres, y los entregaba en la cárcel. Pero los que fueron esparcidos iban por todas partes anunciando el evangelio».
(Hechos 8:3-4)

Estos versículos de Hechos 8 nos dicen qué clase de perseguidor fue Saulo.

Saulo fue un perseguidor intenso. El vocablo «asolaba» proviene de una palabra griega antigua que podría referirse a un ejército que destruye una ciudad o a un animal salvaje que desgarra su carne. Odiaba tanto la fe cristiana que atacó brutalmente a los seguidores de Jesús. El tiempo del verbo en esta frase nos dice que él hacía esto continuamente.

- Saulo fue un perseguidor enérgico. Hizo su trabajo de puerta en puerta, entrando en todas las casas donde se sospechaba que había cristianos. Trabajó incansablemente para destruir a los seguidores de Jesús.
- Saulo persiguió a todo cristiano sospechoso, incluidos hombres y mujeres. Saulo no pensaba: «Está bien que las mujeres sean seguidoras de Jesús, me enfocaré en los hombres solamente». Saulo sentía que todo discípulo de Jesucristo era digno de castigo y que algunos de ellos eran dignos de muerte.

- Saulo siguió hasta el final con su persecución, asegurándose de que los cristianos que descubría fueran metidos a la cárcel. No era suficiente con un simple arresto; tenían que permanecer en un lugar donde no pudieran vivir la vida cristiana.

A pesar de lo terrible que fue esto, veo algo maravilloso aquí. La forma en que Saulo persiguió a los cristianos fue como un reflejo de cómo, después de su arrepentimiento y conversión, amó. Por supuesto, a este hombre, Saulo, se le recuerda más comúnmente por su nombre romano: Pablo:

- Si antes Pablo fue intenso en su odio, después se volvió intenso en su amor.
- Si antes Pablo se mostró enérgico para perseguir, ulteriormente se volvió enérgico para traer las buenas nuevas de Jesucristo.
- Si antes Pablo persiguió a todo cristiano sospechoso, posteriormente se convirtió en un enérgico mensajero de la salvación de Dios para todos los que lo escuchaban.
- Si antes Pablo siguió hasta el final con su persecución, después se convirtió en un hombre que siguió hasta el final con aquellos que respondieron a las buenas nuevas de Jesús, lo que llevó a las personas a convertirse en verdaderos discípulos del Mesías.

Nosotros alguna vez servimos al pecado y al yo de esta manera. Ahora es el momento de honrar a Dios con la misma intensidad y energía que alguna vez tuvimos para seguir al pecado y al yo.

Saulo fue un exitoso perseguidor de los seguidores de Jesús; pero, incluso algo tan terrible como eso, Dios lo usó eso en su plan. Leemos: «Pero los que fueron esparcidos iban por todas partes anunciando el evangelio». El resultado fue para la gloria de Dios, porque la persecución simplemente sirvió para difundir el mensaje. No deberíamos pensar que aquellos que dejaron Jerusalén se fueron como predicadores formales. La mayoría fueron «misioneros accidentales» que hablaron de Jesús dondequiera que fueron.

Podemos ser como estos primeros cristianos. Podemos compartir las buenas

nuevas de lo que Jesús ha hecho en nuestras vidas. La mayoría de la gente no llega a Jesús a través de un predicador profesional o un evangelista; vienen a Jesús a través de personas como nosotros. Incluso el «éxito» de Saulo en la persecución solo hizo avanzar el plan de Dios.

Dolor, poder, predicación



«Entonces Felipe, descendiendo a la ciudad de Samaria, les predicaba a Cristo. Y la gente, unánime, escuchaba atentamente las cosas que decía Felipe, oyendo y viendo las señales que hacía. Porque de muchos que tenían espíritus inmundos, salían estos dando grandes voces; y muchos paralíticos y cojos eran sanados; así que había gran gozo en aquella ciudad». (Hechos 8:5-8)

Felipe era un hombre como Esteban —uno de los hombres elegidos para servir a la familia de la iglesia de manera práctica cuando surgió la disputa con respecto a las viudas de los griegos (Hechos 6:5). Fue uno de los que se vieron obligados a huir de la persecución y terminó en Samaria.

Una vez en Samaria, Felipe supo qué hacer: «les predicaba a Cristo». Después de que muchos de los judíos rechazaron el evangelio nuevamente, vemos a Dios extendiendo la oferta de salvación en Jesús a otros pueblos, comenzando por los samaritanos.

Samaria era un área del norte de Israel. Aquí, unos 750 años antes, los asirios conquistaron y deportaron a todos los judíos ricos y de clase media. Después de eso, los asirios trasladaron desde lejos a una población pagana.

Estos paganos se casaron con las clases más bajas de los judíos que quedaron en el norte de Israel; de esta gente venían los samaritanos.

En general, los judíos de esa época odiaban a los samaritanos. Los consideraban mestizos transigentes que corrompían la adoración al Dios verdadero. Había un odio de larga data entre muchos de los judíos y los samaritanos.
La experiencia de Jesús con la mujer samaritana junto al pozo (Juan 4) y su historia sobre la bondad de un samaritano (Lucas 10:25-37) ilustran la tensión natural entre los judíos y los samaritanos de esa época. Recuerda que Santiago y Juan (y los otros discípulos también) pensaron alguna vez que los samaritanos solo eran buenos para ser quemados por el juicio de Dios(Lucas 9:51-56).

Sin embargo, Felipe «les predicaba a Cristo». Debido a que Jesús había obrado en él, no había lugar para este tipo de prejuicios, ni en su corazón ni en su mente. No era racista con los samaritanos.
Felipe presentó el evangelio seguido de señales y prodigios como una confirmación impresionante. El mensaje de Felipe tenía un gran impacto cuando la gente veía las señales que hacía. Cuando respondieron al evangelio y encontraron a Jesús, hubo «gran gozo en aquella ciudad». Sin lugar a duda, una de las razones por las que había tal fruto era porque Jesús había sembrado la semilla en Samaria durante su ministerio (Juan 4:1-26). Ahora Felipe recogía la cosecha.

Recuerda la razón por la que Felipe estaba en Samaria: los cristianos de Jerusalén estaban siendo arrestados, golpeados e, incluso, asesinados por causa de Jesús. Felipe y otros habían huido de la destrucción y el peligro.

El gran gozo en aquella ciudad provenía de un gran dolor y pena en Jerusalén. Provenía de la realidad del poder espiritual (las señales que hacía), pero ocurrió especialmente cuando Felipe «les predicaba a Cristo».

Incluso hoy, Dios puede usar el dolor de su pueblo, el poder del Espíritu y la predicación de Cristo.